

Índice Ecos de la Compañía enero-febrero 2020 n° 1

VIDA ESPIRITUAL

- 2 Retiro de fin de año
Jesús, confío en Ti
Padre Bernard Schoepfer, Director general
- 11 Carta del 1 de enero de 2020
Sor Kathleen Appler, Superiora general
- 14 Carta del 2 de febrero de 2020
Sor Kathleen Appler, Superiora general
- 22 Carta de Cuaresma 2020
La fuerza transformadora de la oración
Padre Tomaz Mavric, Superior general

ACTUALIDADES DE LAS PROVINCIAS

Testimonio de las Hermanas

- 27 Provincia de Belo Horizonte
Sesión de formación vicenciana en Brasil
Sor Marcia Helena Silva Cruz, Hija de la Caridad
- 30 Provincia Nuestra Señora de la Misión-América Sur
Las conversiones en las prisiones de Bolivia y las gracias recibidas a través de la persona de los prisioneros
Sor María Ángeles González, Hija de la Caridad
- 35 Región de Albania
Bautizadas y enviadas
Sor Tone Dedaj y Sor Aferdita Koliqi, Hijas de la Caridad
- 37 Cuasi-Provincia
Cinco destellos en mi camino
Sor María del Carmen Briones, Hija de la Caridad
- 41 Cuasi-Provincia
Mi experiencia de Comisaria apostólica
Sor Rosa Maria Napolitano, Hija de la Caridad
- 44 Cuasi-Provincia
Mi vida de sierva en India
Sor Mary Kattikaram, Hija de la Caridad
- 48 Cuasi-Provincia
Misionera en la Provincia de Camerún
Sor Asunción Cabeza, Hija de la Caridad

HISTORIA DE LA COMPAÑÍA

En camino hacia la Beatificación

- 50 Sor Bárbara Stanisława Samulowska (1880-1949),
Hija de la Caridad
Hermanas de las Provincias de América Central y de Chelmno-Poznan

Jesús, confío en Ti

Introducción

En su carta para el tiempo de Adviento, el Padre Tomaž nos invitaba a componer una «**Oda a la Providencia**». Él nos animaba a abandonarnos entre las manos de Dios: «*la Providencia será efectiva en nuestra vida en función de la profundidad de nuestra confianza en Jesús*».¹

En este día de retiro, les propongo meditar sobre la Providencia; del latín providere : prever, proveer. Acto por el cual Dios, en su Sabiduría, conduce a todas sus criaturas hacia la perfección a la que Él las ha llamado.

El 1^{er} domingo del Adviento abre un nuevo año litúrgico. En este año A, la Iglesia nos ofrece el evangelio según san Mateo. En el evangelio según Mateo, Jesucristo aparece como el Maestro que viene a inaugurar el mundo nuevo del Reino. Él ofrece a los que le siguen la enseñanza que necesitan para llegar a ser, a su vez, testigos en medio de los otros hombres y mujeres. En el capítulo 6, en el corazón del sermón de la montaña, Jesús nos dice: «*Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su afán*».²

1- JESÚS NOS LLAMA A SEGUIRLE EN EL CAMINO DE LA CONFIANZA EN DIOS

Para introducir esta meditación sobre la Providencia, he elegido, en el Evangelio según san Mateo, el relato de la tempestad calmada.

Subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron. En esto se produjo una tempestad tan fuerte, que la barca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron y lo despertaron gritándole: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» Él les dice: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?». Se puso en pie, increpó a los vientos y al mar y vino una gran calma. Los hombres se decían asombrados: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar lo obedecen?»³

El mar de Galilea lleva bien su nombre. En efecto, no es en absoluto un lago tranquilo este vasto mar interior, al norte del país. Cuando se está en una orilla, no se ve la otra orilla, y cuando se ha dejado el borde para ir a alta mar, cuando uno se arriesga a «pasar a la otra orilla», como invita Jesús a sus discípulos, ya no se ve ninguna orilla.

Estamos en pleno mar. Un mar especialmente inesperado y a veces agitado. Cuando está en calma todo va bien, pero las tormentas allí son imprevisibles y cuando sobrevienen, son violentas. Si recordamos además que el mar es el lugar de las fuerzas del mal, comprendemos que los discípulos tengan miedo cuando ven el mar enfurecido.

En este relato, Jesús une explícitamente la Providencia divina que vela sobre nosotros día tras día a la fe. Creer en Jesús no es algo intelectual, es creer que podemos atravesar la vida con seguridad porque su persona es Providencia para los hombres. Esta fe expulsa el miedo. No el temor, que es un sentimiento normal en presencia de lo divino, sino el miedo que paraliza porque nos remite a nuestras insuficiencias, a nuestra finitud, y nos encierra en ella.

La travesía del mar de Galilea indica la travesía de la vida. El mar representa nuestro mundo, nuestra comunidad, nuestro propio corazón: pequeños mares, pero en los que, lo sabemos, pueden desencadenarse, de improviso, grandes tempestades. ¿Quién no ha conocido una de estas tempestades, cuando todo se ensombrece y la pequeña barca de nuestra vida comienza a llenarse de agua por todas partes, y Dios parece estar ausente o dormir?

¿Qué hacer? ¿A quién podemos agarrarnos, de qué lado podemos echar el ancla? Jesús no nos da recetas mágicas para evitar todas las tempestades de nuestra vida. Él no ha prometido ahorrarnos todas las dificultades; en cambio, nos ha prometido la fuerza para superarlas, si se la pedimos. La confianza en Dios: he aquí el mensaje del Evangelio.

2- LA PROVIDENCIA, UNA EXPERIENCIA DE VIDA⁴

Evocando el Arca, a Jean Vanier le gustaba decir que era «*una obra de Dios*» y que esto le sobrepasaba totalmente. «*Yo no hice nada, sino escuchar la realidad, seguir humildemente las pistas que se abrían ante mí*» añadía. Santa Luisa y san Vicente hicieron la misma experiencia.

¿Cómo describir mejor lo que es la Providencia? No es la acción de un hombre o de una mujer extraordinarios, sino la acción de Dios que actúa a través de seres que aceptan, humildemente, seguirle, sin ingenuidad.

Porque confiar, abandonarse a la Providencia, no es una forma de debilidad. Este abandono no es el patrimonio de los grandes místicos. Es una forma sencilla, y al alcance de todos, de reconocer la voluntad de Dios en la vida de cada día. Y ver la voluntad de Dios es percibirlo en su insondable misterio, incluyendo los acontecimientos más incomprensibles.

La vida, esta bella e inquietante desconocida, reserva muchas sorpresas a quienes se abandonan, no ingenuamente a su curso, sino a la íntima convicción de que, pase lo que pase, son conducidos, protegidos, amados. Porque la Providencia no se decreta, no se explica, no es objeto de grandes discursos, no es un dogma: se vive y se experimenta en lo cotidiano.

Pero en medio de las pruebas, de las penas, de los sufrimientos, de las miserias de nuestro tiempo, surge una pregunta: ¿Dios podría olvidarnos? Se trata de una pregunta fundamental que se nos plantea a nosotros. El pueblo de Dios en camino se vio él mismo confrontado a esta pregunta a lo largo de su historia.

En su exilio, el pueblo de Dios se interroga sobre la presencia de Dios en medio de este acontecimiento humillante que vive. Así pues, ¿dónde está el Dios de nuestros padres? ¿Dónde se encuentra el Dios que nos ha sacado de Egipto? ¿Cómo comprender que la prueba que vivimos actualmente, aunque no es forzosamente la obra de Dios, puede también inscribirse en su proyecto providencial?

Frente a estas diferentes preguntas, la fe del pueblo en el exilio comienza a debilitarse. Dios está ausente. No ha mantenido sus promesas. La tentación de la negación de Dios comienza a instalarse, y la tentación de la idolatría comprendida como adoración de una falsa imagen de Dios no es solamente una posibilidad, sino que se convierte en una evidencia.

En esta prueba de angustia y de incertidumbre es donde surge la palabra del profeta Isaías: «*¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues,*

*aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré».*⁵ El amor de una madre por el hijo de sus entrañas era una de las más altas expresiones del amor en la tradición bíblica. La fuerza de este amor es tal que, incluso estando muerto, la memoria del hijo queda grabada para siempre en el fondo más íntimo de la madre.

Según las palabras de Isaías, el amor de Dios es más fuerte que la expresión maternal, porque, si de manera incomprensible puede suceder que el amor de una madre falle, el de Dios permanece igual a sí mismo. Así pues, Dios está presente en medio de esta prueba del pueblo. Por lo tanto, toda la preocupación del profeta es afirmar que, en medio de esta ausencia aparente, el pueblo está realmente presente en la memoria de Dios.

A Dios le es imposible olvidarse de él, pues olvidar a su pueblo sería negarse a sí mismo. La ausencia aparente no es el signo de un olvido. El silencio divino puede aparecer a veces como incomprensible, pero este silencio, paradójicamente, puede ser un signo de su presencia. Dios actúa, pero como dirá el mismo profeta Isaías, *«mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos - oráculo del Señor -»*.⁶

¿Pero cómo abrirse a este silencio activo de Dios, que en su misericordia conduce todas las cosas según su providencia? Responder a esta pregunta, es acoger la Buena Noticia que nos propone Jesús en el evangelio de este día. Y esta buena noticia puede formularse así: aprender, con toda confianza, a contemplar a Dios que en su providencia actúa silenciosamente en los diferentes elementos que tejen el hoy de nuestra vida.

*«Mirad los pájaros del cielo, nos dice Jesús, no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos»*⁷.

Acoger la acción silenciosa de Dios es aprender a mirar en torno a nosotros. *«¡Fijaos cómo crecen los lirios del campo!»* Si está claro que, para la época de Jesús, el crecimiento de las plantas era un fenómeno sorprendente, es forzoso reconocer que su crecimiento ya no es un secreto para la ciencia.

Jesús nos invita a mirar, a observar la creación. Si es verdad que el mecanismo de evolución o de crecimiento de las cosas nos es conocido, hay que reconocer que la presencia misma de estas cosas que nos rodean constituye para nosotros un misterio que nos maravilla. Cualquiera que se pone en la escuela de la observación y de la contemplación de lo hermoso, comprende que detrás de cada maravilla aparente se encuentra una mano silenciosa que trabaja sin hacer ruido.

Porque es de la naturaleza de Dios actuar en el secreto. No se trata para Jesús de dar una prueba de la existencia de Dios. El propósito de Jesús es hacernos comprender que, con todo y a pesar de todo, la Providencia de Dios se manifiesta en las situaciones concretas de la vida.

Reconocer en los momentos de alegría y de dificultades esta providencia que no nos olvida nunca, es ante todo buscar el reino de Dios, y trabajar por este reino: *«Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia, y todo esto se os dará por añadidura»*⁸.

Ser consciente de la presencia de Dios que no olvida a la humanidad y que trabaja en silencio en medio de nuestro mundo, es vivir del reino. Ahora bien, el reino de Dios no es otra cosa que la expresión de su amor. Así pues, se trata de hacer una opción preferencial por el amor de Dios en todos los movimientos interiores y exteriores en los que organizamos nuestra vida.

Desde el momento en el que el amor se convierte en el centro de lo que fragua nuestra felicidad, entonces todo el resto se organiza en función del amor. Todo es gracia, tanto en la alegría como en la crucifixión. Quizás es así como hay que comprender la invitación de Jesús a no preocuparnos por el mañana y a dejar que el mañana se preocupe de sí mismo.

Desde luego, no se trata de vivir en la pasividad, sino de trabajar permaneciendo en la viva conciencia de que la acción divina precede a nuestra labor. Lo que llamamos el fruto de nuestro trabajo no tiene sentido porque es ante todo una bendición de Dios. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido?

¡Todo es don! Acoger los acontecimientos de nuestra vida como don, no es sufrirlos, sino que es sobre todo reconocer la mano providente de Dios que actúa en nosotros; es aprender a darle gracias por todo; es aprender a trabajar ofreciendo los resultados de nuestros esfuerzos a Aquel de quien viene todo.

Desde este momento, el termómetro de nuestra vida ya no es el fracaso o el éxito, porque Dios ve en lo profundo de las cosas. Él sabe que lo que humanamente llamamos fracaso o éxito no es más que un punto de apoyo para una nueva historia.

Así pues, el don de Dios y su providencia no son prisioneros de las categorías humanas de éxito o de fracaso. Son libertad, fuerza y amor. Nos ayudan a creer que Dios está siempre ahí. Él es fiel. Él habla incluso cuando todo está en silencio. Él no nos olvida en medio de nuestras realidades.

3- CON SANTA LUISA ENTREMOS EN EL PROYECTO DE DIOS⁹

Luisa de Marillac siempre estuvo habitada por el profundo deseo de realizar el proyecto de Dios. La respuesta del Padre de Champigny a su petición de entrar en las Capuchinas, permaneció grabada en su corazón: «*Dios tiene otro designio sobre usted*».

Durante largos años, Luisa buscará, con una cierta ansiedad, su vocación según la voluntad de Dios sobre ella. Cuando Vicente de Paúl la compromete en las Cofradías de la Caridad, Luisa de Marillac percibe que Dios la llama a participar en su gran designio de Amor hacia los hombres.

El servicio emprendido por las Cofradías, ¿no tiene por objetivo aportar a los pobres vida y felicidad, a pesar de tener que atravesar la enfermedad, los sufrimientos y la muerte? Este servicio, ¿no es un medio para hacer acceder a ricos y pobres a una solidaridad entre ellos y para hacerles llegar a una comunión con Dios?

En 1632, la resolución de Ejercicios que toma Luisa, muestra su deseo de disponibilidad al designio de Dios: «*En cualquier lugar al que a Dios le plazca llamarme, se cumplirá su designio, con tal de que yo me deje guiar*».

Luisa de Marillac es muy consciente de que la vocación recibida de Dios es grande, y sobrepasa las simples posibilidades humanas. Por eso invita a las Hermanas a hacer de Jesús Crucificado «**la fuente viva de toda santidad**», su regla de vida.

Acojamos estas palabras de Luisa: «*¿Qué razonable sería que aquellas a las que Dios ha llamado al seguimiento de su Hijo, tratasen de hacerse perfectas como Él, intentando hacer de su vida una prolongación de la suya! ¡Que felicidad para toda la eternidad! Son los méritos de Jesús Crucificado los que nos han adquirido esa gracia*».¹⁰

Luisa de Marillac conduce a las Siervas de los Pobres por el camino de la fidelidad al Carisma recibido de Dios. Para realizar el proyecto de Dios, la Hija de la Caridad está llamada a reflejar la verdadera imagen del Dios de Amor, la de su Hijo, hecho hombre entre los hombres. Ella está invitada a seguir el mismo camino que el Señor Jesús, a proclamar la dignidad humana

revelada en Jesucristo, a vivir en el amor a ejemplo de Aquel que nos amó y se entregó por nosotros. Acojamos estas palabras de santa Luisa¹¹ :

«¡Oh Santa Providencia! tú que eres la fuente de todas esas gracias, haz que mi alma confíe siempre en ti; pero sólo por esa mirada de Jesús podré conseguirlo, esa mirada que se dirige hacia lo alto. Tengo, pues, que desasirme de la tierra y unirme fuertemente a Dios, con la ayuda de su gracia; y mediante la práctica de su santa presencia, esa dulce mirada me inflamará en su santo amor.

Como el ciervo desea las aguas, así mi alma desea a mi Dios: me prepararé (para comulgar) por un gran deseo de estar unida a Dios para que, así como el alimento comunica sus cualidades al cuerpo humano que lo toma, así la unión de mi alma con Dios la torne semejante a Él, y la comunión del preciosísimo Cuerpo de mi Salvador me lleve a la imitación de su vida santísima».

Con ocasión del Triduo vicenciano del mes de noviembre, Sor Kathleen Appler nos invitaba a admirar: *«la confianza inquebrantable de santa Catalina en la Santísima Virgen y su humilde servicio prestado a los más abandonados en Reuilly, así como la audaz decisión de san Vicente y de santa Luisa de reunir a mujeres cuyo corazón ardía en el deseo de servir a los pobres. Estas santas personas estaban decididas a compartir y a extender el amor de Dios a través de su humanidad habitada por la gracia. Nuestra reflexión debe ayudarnos a valorar más los preciosos tesoros que forman parte de nuestra historia.*

En este periodo en el que cada una de nosotras se esfuerza por acoger la llamada del Ephata y franquear la puerta para ir hacia y encontrarse, atrevámonos a ser testigos de la presencia de Dios ante los demás, enraizadas en Él y sostenidas por la intercesión de María. Animadas por esta recomendación del Papa Francisco: «La cuestión es saber abrir los ojos y detenerte para vivir plenamente y con gratitud cada pequeño don de la vida»¹².

El misterio de la Providencia nos abre un horizonte en el que la audacia de la caridad es inventiva hasta el infinito.

Conclusión

Terminemos con una oración del cardenal John Henry Newman (1801-1890), canonizado el domingo 13 de octubre de 2019. Fue teólogo, novelista, poeta y filósofo, héroe nacional, auténtico gentleman que supo cultivar el arte de la amistad como persona; el cardenal Newman sigue consiguiendo atraer como un imán e influir en numerosos buscadores de sentido.

Si Newman merece plenamente ser reconocido como modelo de santidad, es tanto por su vida como por la ejemplaridad de su pensamiento. En su homilía, el Papa Francisco señalaba 3 verbos que pueden animarnos a vivir aún más el abandono en el misterio de la Providencia: **Invocar, caminar y agradecer**; invocar por la oración, caminar por la acción y agradecer por la alabanza.

En este día de retiro, pidamos ser “dulces luces” en las oscuridades del mundo. Jesús: «quédate con nosotros y comenzaremos a brillar como Tú brillas, a brillar de tal manera que seamos una luz para los otros». Con san John Henry Newman, oremos:

Señor Jesús, inúndame con tu Espíritu y tu Vida.

*Toma posesión de todo mi ser
para que mi vida no sea más que un reflejo de la tuya.*

*Irradia a través de mí, habita en mí,
y que quienes tengan contacto conmigo puedan sentir en mí tu Presencia.*

Que al mirarme sólo te vean a Ti, Señor.

*Quédate conmigo y entonces yo podré, como Tú, irradiar,
hasta el punto de ser una luz para los otros,
luz, Señor, que emanará completamente de Ti.*

Eres Tú quien, a través de mí, iluminarás a los otros.

*Así mi vida será una alabanza a tu gloria,
la alabanza que Tú prefieres,
haciendo que brille tu luz sobre los que nos rodean.*

Con la plenitud resplandeciente del amor que mi corazón siente por Ti. Amén.¹³

Padre Bernard SCHOEPPER
Director general

Notas

¹ Carta para el tiempo del Adviento, Padre Tomaž Mavrič.

² Mateo 6, 33-34.

³ Mateo 8, 23-27.

⁴ ¿Podemos creer en la Providencia? Pierre Descouvemont, Editions Emmanuel, mayo 2007

⁵ Is 49, 15

⁶ Is 55, 8

⁷ Mt 6, 26 -29

⁸ Mt 6, 33

⁹ Notas sobre santa Luisa, Sor Elisabeth Charpy

¹⁰ C. 384 - A Sor Juana Lepintre - 22 de septiembre de 1651

¹¹ E. 59 – Sobre la multiplicación de los panes en el desierto

¹² Papa Francisco, Christus vivit, n° 146

¹³ <https://site-catholique.fr/index.php?post/Prieres-du-Cardinal-John-Henry-Newman>

SOR KATHLEEN APPLER, SUPERIORA GENERAL

Carta del 1 de enero de 2020

Queridas Hermanas,

«María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón».

(Lucas 2, 19)

¡Feliz fiesta de Santa María, Madre de Dios! Al recordar, como leemos en el Evangelio de hoy, que María *«conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón»*, que su ejemplo nos transforme a lo largo de este nuevo año, un año dedicado a santa Genoveva con ocasión del 1600º aniversario del nacimiento de quien san Vicente nos propuso imitar las virtudes.

Permítanme comenzar expresándoles mi profundo agradecimiento por su correspondencia de estas últimas semanas. Aprecio todo lo que ustedes comparten conmigo y les doy las gracias por sus promesas de oraciones y por las misas ofrecidas por mis intenciones y las de la Compañía. Las alegrías y los momentos de prueba que describen me hablan de su amor incondicional por Dios y de su firme resolución de vivir en la fidelidad a su vocación.

Sus mensajes demuestran su profunda conciencia de que nuestro mundo necesita personas que puedan dar esperanza, en especial a los pobres cuya vida está ensombrecida por la incertidumbre, las crisis políticas, la corrupción, el espectro de la guerra y la pasividad frente a las cuestiones medioambientales. Sus esfuerzos para estar presentes entre los pobres, ABIERTAS a sus necesidades, para encontrar medios de FRANQUEAR LA PUERTA, IR HACIA y ENCONTRARSE, confirman la riqueza de su profundización en el tema de las Asambleas. Lo que ustedes describen es «¡EPHATA!»: es decir, encuentros comunitarios vividos en un clima de fe y en la escucha mutua. En mi mente, imagino sus diálogos auténticos y sencillos para discernir el camino que el Señor quiere que ustedes, sus siervas, sigan. Las veo responder a la llamada de Dios a *«salir, a dejar con valentía costumbres, zonas de confort, repliegues sobre una misma, sobre la propia Comunidad, sobre la propia Provincia, para ver más allá de todas las fronteras»*, a *«releer su manera de vivir el Evangelio, enviadas al mundo para comprometerse aún más o de otra manera»* y a *«vivir la fraternidad para reforzar el espíritu de comunión y responder a los desafíos misioneros de nuestro tiempo»* (cf. Documento de trabajo para la Asamblea doméstica, p. 8).

Por todo esto, doy gracias a Dios. Son tantas pruebas de que la pequeña Compañía está muy viva. Además, yo creo que deseamos que lo esté aún más. Nuestro dinamismo, nuestro discernimiento y nuestra entrega comunes nos dan la oportunidad de profundizar en nuestras respuestas a los pobres y de las unas a las otras en el seno de la Comunidad. Fortalecidas con esta vitalidad, comprometámonos plenamente frente a las situaciones que se presentan, con confianza y sin retroceder ante los desafíos.

En efecto, las Asambleas son un acontecimiento de fe que exige una fe fuerte y auténtica, este don gratuito recibido en nuestro bautismo. Como escribió la Madre Guillemin, no es *«un depósito estático y definitivo»*. Por nuestra apertura y nuestros esfuerzos conscientes, sostenidos por la gracia de Dios, debemos permitir a la fe *que ilumine nuestra mente, conquiste nuestro corazón y se enseñoree de todos los aspectos de nuestra vida* (cf. Carta del 1 de enero

de 1968). La fe es un don, pero sin nuestra colaboración, se queda estéril. Aprendamos de nuestros Santos Fundadores, de santa Genoveva y de nuestras primeras Hermanas, cómo vivirla con audacia y con una confianza imperturbable.

En nuestra época, esforzarse en vivir de la fe puede parecer ir a contracorriente, pero nosotras captamos la importancia de fundamentar todas nuestras decisiones y acciones sobre esta virtud teologal, impregnada de la confianza en la Divina Providencia, tan querida para san Vicente. Nuestra confianza total en Jesús y nuestro abandono a su voluntad nos ayudan a descubrir o a redescubrir la sagrada fuerza que entraña cualquier compromiso con los pobres y entre nosotras y que surge de nuestros intercambios. Sí, «*las Hijas de la Caridad quieren progresar en su manera de ser y de actuar inspirada por el Evangelio: vivir el Evangelio en comunidades «santas y misioneras» (Gaudete et Exsultate, 142) para, juntas, reaprender el seguimiento de Cristo y continuar comprometiéndonos audazmente con los más pobres»* (Documento de trabajo de la Asamblea doméstica, p. 8). Cuando el tema «*habita los intercambios, facilita el diálogo y abre los corazones al Espíritu»* en un espíritu de fe y de confianza en la Divina Providencia, se hace realidad «*una fidelidad renovada a las intuiciones de nuestros Fundadores»* (cf. p. 3), para hoy y para mañana. ¡EPHATA! Que el Espíritu Santo nos inspire siempre y nos ayude a cultivar este clima de apertura.

Con el deseo de que toda la Familia vicenciana se beneficie de esta misma fuerza de unión y de transformación que experimentamos en nuestras Asambleas, las invito a rezar de nuevo por sus próximos encuentros. Señalo en especial el encuentro de los responsables de la Familia vicenciana del 8 al 12 de enero en Roma, la Asamblea internacional de la AIC del 17 al 21 de marzo en Bogotá y la Asamblea general de la Juventud Mariana Vicenciana del 17 al 21 de julio en Bydgoszcz, en Polonia.

Finalmente, Hermanas, pido humildemente que continúen rezando por mi salud. Como saben, he reaccionado bien al tratamiento seguido en 2019. Los médicos me recomiendan ahora continuar la quimioterapia en 2020. Tengo confianza en su competencia y estoy muy agradecida por el apoyo espiritual de ustedes.

Para concluir, permítanme hacer eco de las palabras del Papa Francisco: «*Que María, Madre del Príncipe de la Paz y Madre de todos los pueblos de la tierra, nos acompañe y nos sostenga en nuestro camino, paso a paso»* (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2020). Guiadas por su ejemplo de «*meditar [todas estas cosas] en su corazón»*, prosigamos juntas nuestro camino vicenciano.

Afectuosamente unida a ustedes en la oración,

Sor Kathleen Appler
Hija de la Caridad

Carta del 2 de febrero de 2020

Queridas Hermanas,

¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras!

En esta fiesta de la Presentación del Señor, quiero saludar a cada una especialmente. Detengámonos un instante para adentrarnos en la escena evangélica y considerar de nuevo las intuiciones y la alabanza de Simeón y Ana en su encuentro con José y María que van a presentar al Niño Jesús en el Templo. Con serenidad y alegría, Simeón predice que este niño será una gloria para el pueblo de Israel y una luz para las naciones:

*«Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».*

Ana, a su vez, anuncia a todos un mensaje de esperanza y de acción de gracias:

*«Presentándose en aquel momento,
alababa también a Dios y hablaba del niño
a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén».*

(Lc 2, 29-32.38)

Estos ardientes testimonios que resultan de su encuentro con el Señor, reflejan el fin de la Compañía *«de honrar a Nuestro Señor»* (Regla comunes I, 1) y la llamada a «presentarlo» a los demás a través de nuestras palabras y sobre todo a través de nuestra vida (cf. C. 24b). ¿Qué mejor manera de honrarlo que acercarse a Él, contemplarlo y darlo a conocer a los otros por nuestra fidelidad a los consejos evangélicos y nuestro compromiso de servirle en los pobres? ¿Qué mejor manera de ser fieles que pedirle una vez más, formal pero sencillamente, el permiso para renovar los votos de servicio a los pobres, castidad, pobreza y obediencia?

Las múltiples gracias que he recibido a lo largo de mi reflexión han alcanzado su punto culminante hoy, cuando me he encontrado con nuestro Superior general, el Padre Tomaž Mavrič, y he tenido el privilegio de presentarle humildemente nuestra petición de Renovación en la fiesta de la Anunciación. Además de las alegrías y de las penas del año transcurrido, he compartido con el Padre la inquietud de todas ustedes por los pobres, que se manifiesta a través de su servicio directo a ellos, su oración incesante y la atención a sus necesidades. He subrayado el deseo sincero que tienen de darse totalmente al Señor y de servirle en la persona de los pobres, así como sus opciones creativas y valientes que reflejan la interiorización progresiva de EPHATA para *FRANQUEAR LA PUERTA – IR HACIA - ENCONTRARSE*. Consciente de los momentos en los que, como Compañía o personalmente, hemos dudado en darnos plenamente, le he pedido perdón por ello. El Padre Tomaž se ha alegrado de nuestras iniciativas y ha expresado su gratitud por nuestra presencia significativa al lado de los pobres. Ha reconocido con compasión nuestros fracasos, pero se ha centrado en nuestro deseo de entregarnos cada vez más plenamente. Él nos

concede el permiso de renovar los votos el 25 de marzo de 2020 y nos promete su oración asidua y su apoyo.

Las Asambleas han estado continuamente presentes en mi pensamiento mientras preparaba esta carta. Estoy impresionada por la seriedad con la que se esfuerzan en estar abiertas al Espíritu Santo que trabaja su corazón y les revela las conversiones necesarias en la vida comunitaria y en el servicio con y por los pobres. Los diálogos profundos con Jesús para preparar las sesiones de las Asambleas, tiempo de palabra y de escucha, les permiten avanzar y profundizar en el tema, con una gran confianza en el amor infinito de Dios. El mismo Jesús lo sabe verdaderamente. Él sabe que estos momentos íntimos con Él nos liberarán de todas las ataduras que nos retienen – incluyendo antiguas heridas – y nos permitirán así ser siervas eficaces de su pueblo amado.

Los votos son un don para guiarnos en este camino de conversión, de libertad y de compromiso más profundo. Ratifican nuestro don total a Dios. Leemos en nuestras Constituciones: «*La renovación anual de los votos permite a las Hermanas afianzar su voluntad de responder a la vocación, a la vez que garantiza la estabilidad de su servicio a Cristo en la Compañía*» (C. 28d). Puesto que el proceso de las Asambleas tiene un objetivo similar, que es el de promover la fidelidad al carisma y la vitalidad apostólica (cf. C. 84a), el tema es un excelente telón de fondo para nuestra reflexión sobre el nuevo fervor, el nuevo celo y la nueva creatividad a las que nos invita la Renovación de este año. Que el Espíritu creador actúe en nosotras y nos dé su sabiduría y su fortaleza durante estas semanas que preceden a la solemnidad de la Anunciación.

Permítanme que comience con el voto de servicio a Cristo en los pobres que da un fundamento sólido a los otros tres votos. Este voto nos proporciona fuerza y dinamismo para ser siervas de nuestros hermanos y hermanas los pobres. Nos sitúa ante el desafío de *abrirnos*, es decir, de entregarnos completamente a los otros en la complejidad de su realidad y así pues, tratar de acompañarlos en un desarrollo integral. Entonces podemos *franquear la puerta* que quizás nos ha separado de las personas necesitadas, *ir hacia* ellas y *encontrarnos* con ellas personalmente. En el don de nosotras mismas a los más vulnerables y a los más desprovistos de todo, humilde, sencilla y caritativamente, experimentamos alegría, pero quizás a veces también agotamiento. Amar y servir con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas lo pide todo. No nos «queda» nada. Estamos llamadas a abandonarlo todo en Dios, confiadas en la reiterada promesa del Papa Francisco: «*El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados*» (*Gaudete et Exsultate*, 1).

Este voto exige igualmente que realicemos nuestro servicio en colaboración y que cumplamos juntas tareas comunes. La vida comunitaria da una luz interesante sobre el sentido del servicio y de la atención a los otros. Realza la importancia de la alegría y del compartir, así como del perdón y del discernimiento responsable. Nuestro servicio se enriquece con las virtudes y valores que «practicamos» en nuestra Comunidad local. Las comunidades que se forman para un servicio particular – equipos pastorales, asociaciones, grupos de empleados o colaboradores – deben corresponder a la llamada de san Pablo: «*...dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús*» (Flp 2, 2-5).

Si creemos sinceramente que los pobres son «nuestros Amos y Señores», esta convicción tendrá una profunda influencia en nuestra manera de servir y en lo que pensamos

de nosotras mismas. Nuestro servicio dará testimonio de Jesús porque será realizado por una sierva y la escucha, la obediencia y el respeto serán nuestros valores guía. Santa Luisa afirmaba: «*La mansedumbre, la cordialidad, la tolerancia han de ser el ejercicio propio de las Hijas de la Caridad, del mismo modo que la humildad, la sencillez, el amor a la humanidad santa de Jesucristo, que es la perfecta caridad, son su espíritu*» (Correspondencia y escritos, C. 420, p. 397). ¿Estamos dispuestas a cultivar estas virtudes para que sean nuestros rasgos distintivos en 2020 y más allá? No cesemos nunca de rezar con el salmista: «*Yo soy tu siervo: dame inteligencia, y conoceré tus preceptos*» (Salmo 118, 125).

El voto de castidad requiere un don gratuito y total por el Reino. Es un signo exterior de nuestra alianza con Dios. En efecto, es una respuesta de amor a una llamada del Amor (cf. C. 29). Este voto solo se puede vivir auténticamente si permitimos que el ejemplo y el acompañamiento de Jesús transformen la castidad en experiencia de «Ephata», que nos hace abrirnos a la fecundidad en lugar de encerrarnos en la esterilidad. Estaremos ante el desafío de renovar nuestra unión íntima con Cristo. Él nos ayudará a *franquear la puerta* de nuestro egocentrismo, que busca experiencias que nos realicen personalmente, de nuestra «reserva», que defiende desmesuradamente nuestros espacios privados y de nuestra tendencia a economizar nuestra energía para nuestros intereses personales. El Papa Francisco nos invita: «*Miremos a Jesús: su compasión entrañable no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante, tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros... Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban*» (*Gaudete et Exsultate*, 131).

Jesús quiere que *vayamos hacia* los otros con el único poder del amor de Dios para llegar a ellos con un corazón abierto para recibir sus gracias. El tesoro que hemos descubierto no debe permanecer enterrado. Jesús desea ardientemente que lo *encontremos* en todas las relaciones y que compartamos el amor que teje entre nosotros en nuestras interacciones diarias. Nuestras Comunidades, nuestros servicios y nuestras parroquias llegarán a ser entonces los testigos creíbles de una verdadera caridad, capaces de ser un signo para el mundo y de transmitir los valores que, demasiado a menudo, le faltan. Se lo debemos sobre todo a los jóvenes. En una carta a las Hermanas de Chantilly, santa Luisa subrayó la importancia del mensaje evangélico que una Comunidad ofrece a las personas que la rodean. «*Alabo a Dios con todo mi corazón por la gracia que su bondad les ha concedido de ser buen olor ahí donde se ha complacido en emplearlas; pero cuiden bien de agradecerse con la práctica de las virtudes que Él pide de ustedes, sobre todo una gran cordialidad y buena inteligencia entre las dos. ¿Estoy equivocada en recomendarles esta virtud sin la que no podrían no ya ser buenas Hijas de la Caridad, sino ni siquiera buenas cristianas?*» (Correspondencia y escritos, C. 316, p. 309).

Este año, ¿qué apertura nos pide el Señor para una práctica más madura y profunda de este voto? Él nos revelará seguramente la respuesta si le permitimos cumplir su palabra en nosotras: «*Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor*» (Os 2, 21-22).

Para vivir el voto de pobreza en su plenitud, a semejanza del mismo Jesús, es necesario el espíritu de abandono al Padre. Nos esforzamos en vivir de una manera que muestre que Dios es nuestro único tesoro y que nos comprometemos a vivir en dependencia total de Él en todas las cosas. A pesar de las tentaciones contra la confianza en la Divina Providencia, debemos *franquear la puerta* de nuestro miedo a no tener «suficiente» y a no tener «bastante control». Debemos expresar de manera concreta que nuestra calidad de vida no depende de la cantidad de nuestros bienes o de nuestra «superioridad», sino de nuestra confianza en que Dios estará siempre con nosotras y nos cuidará. Santa Luisa definió «*la santa pobreza y la confianza en*

Dios» como «*los dos puntales de la Compañía de las Hijas de la Caridad*» (Correspondencia y escritos, C. 545, p. 502). Erigir nuestra vida sobre estos fundamentos nos ayudará a adoptar una actitud más sana y responsable con respecto a los recursos de la tierra, a abandonar la idea de que «tengo derecho a todo» y a cuidar del planeta con miras a las generaciones futuras. El Papa ha insistido: «*Cuando pensamos en la situación en que se deja el planeta a las generaciones futuras, entramos en otra lógica, la del don gratuito que recibimos y comunicamos. Si la tierra nos ha sido dada, ya no podemos pensar sólo desde un criterio utilitarista de eficiencia y productividad para el beneficio individual*» (Laudato Si, 159).

Si vamos hacia una pobreza comunitaria más auténtica, esto estimulará la transformación de nuestras misiones y de nuestros servicios. Aprovechemos esta oportunidad para evaluar nuestra manera de hacer y, si es necesario, revisar nuestras misiones, nuestros servicios, nuestra vida cotidiana, etc... Cuando el voto de pobreza favorece el compartir, la ayuda mutua, la colaboración y la comunión, nos ayuda a *encontrarnos* con Dios, con nuestras Hermanas y con los pobres. En efecto, los pobres de corazón están abiertos para recibir y compartir con los otros. Esta actitud de dependencia es una condición previa para dejarnos evangelizar por los pobres.

¿Somos capaces de abandonar la necesidad de sentirnos seguras e independientes y de compartir verdaderamente todo con nuestras Hermanas y los pobres? Nuestro tesoro material y espiritual no está hecho para ser almacenado, sino que se recibe del Padre para regresar a Él y compartirlo libremente, porque «*donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón*» (Mt 6, 21).

En su forma más pura, el voto de obediencia nos hace ofrecer nuestra disponibilidad incondicional para hacer la voluntad de Dios y realizar su proyecto para la pequeña Compañía. Esto implica siempre la opción libre de seguir la voluntad de Dios en nuestra vida, revelada por la mediación de una autoridad legítima. La obediencia nos hace *franquear la puerta* del individualismo en favor de la unión comunitaria que nos permite trabajar juntas en un clima de confianza y diálogo, con miras a la venida del Reino y la gloria de Dios. En efecto, la mística de nuestra vida en comunidad no pretende simplemente que nos sintamos bien juntas, sino servir a Aquel que nos ha llamado y reunido. Esto exige «*el discernimiento en común y el apostolado de la escucha*», ha dicho el Papa Francisco, prosiguiendo con esta pregunta: «*Si no sabes escuchar a tu hermano o hermana que tienes cerca, ¿cómo vas a escuchar a Dios, a quien no tienes directamente delante?*» (La fuerza de la vocación, p. 85).

La obediencia exige que, en la fe, *vayamos hacia* el bien común con el fin de comprometernos sin reservas en un proyecto que nos sobrepasa: el designio de Dios. La obediencia se concretiza en la comunicación con los Superiores, en el compartir mutuo de informaciones, la respuesta a las consultas, la petición de permisos y el dar cuenta. Este voto es un acto radical de anonadamiento y su práctica es la virtud de los fuertes, no de los débiles. Santa Luisa lo dice cuando escribe a las Hermanas de Angers: «*Y eso será, queridas Hermanas, ser verdaderas Hijas de la Caridad, ya que la señal de que un alma posee la caridad es, con todas las otras virtudes, la de soportarlo todo. Hagan también gran aprecio de lo que Dios les dice a través de la que hace con ustedes las veces de Superiora, quienquiera que sea en un momento o en otro*» (Correspondencia y escritos, C. 115, p. 118). La obediencia nos lleva a *encontrarnos* con las personas que Dios quiere para anunciar la Buena Nueva a los pobres con el fin de que puedan entrar en la alegría de la amistad con Dios.

¿Vamos a profundizar nuestra madurez espiritual y humana, nuestra disponibilidad y nuestro sentido de la corresponsabilidad por el bien de la misión que Dios nos ha confiado?

Hagamos eco del salmista: «Aquí estoy –como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas» (Salmo 39, 8-9).

Siguiendo las huellas de nuestros Santos Fundadores, podemos vivir los cuatro votos de tal manera que hagamos una experiencia de *Ephata* increíble, liberadas de todo lo que nos retiene para una unión más completa con Dios. Si nos comprometemos a darnos radicalmente, yo creo que los votos nos proporcionarán la energía y serán el marco para *franquear la puerta*, para *ir hacia y encontrarnos*. Cada una de nosotras debe preguntarse: ¿estoy dispuesta a vivir radicalmente los votos con el fin de abrirme al Espíritu transformador, acercarme a Cristo y ponerme realmente entre las manos de Dios para hacer su santa voluntad?

Hemos recibido la gracia de tener a la Madre de Dios como modelo y maestra. Nuestras Constituciones nos recuerdan que María es «*la Virgen que escucha y acoge la Palabra de Dios, la Virgen orante, la Virgen que ofrece*» (C. 23). Es una guía perfecta. Ella escuchó los testimonios elocuentes de Simeón y Ana en el templo y experimentó con ellos alegría, consuelo, esperanza y confianza, a pesar de la predicción de una espada que le atravesaría el corazón. Que nunca cesemos de profundizar nuestra relación con Ella y de implorarla, a Ella que es la llena de gracia, para que nos conduzca por los caminos de la sencillez y de la confianza inquebrantable en el designio de amor de Dios sobre nosotras.

En su nombre, aprovecho esta carta para asegurar nuestra oración y dar gracias a aquellos que la Divina Providencia nos ha dado, según el deseo de santa Luisa: el Padre Tomaž Mavrič, el Padre Bernard Schoepfer, el Padre Robert Maloney, el Padre Gregory Gay, el Padre Javier Álvarez y el Padre Patrick Griffin. Su sabiduría y su atención fraterna son un gran apoyo en nuestra vocación.

Igualmente, prometo nuestra oración a Sor Juana Elizondo y a Sor Evelyne Franc, agradeciéndoles su guía fiel y competente de la Compañía en el pasado y por su oración cotidiana. Por intercesión de la Virgen María, que el Señor las colme de las gracias que necesitan en este momento.

Hermanas, sostengámonos mutuamente en nuestra preparación para la Renovación por medio de nuestra oración, de nuestro compartir con sencillez lo que Dios nos comunica y de nuestro buen ejemplo para una mayor fidelidad a nuestra vocación hoy. Pido al Señor que nos conceda una vez más su bendición por la intercesión de san Vicente, tomando prestadas las palabras que él pronunció el 5 de julio de 1640, al final de una conferencia sobre la vocación de Hija de la Caridad: «*¡Bendito sea Dios por las buenas resoluciones que acabáis de tomar para su servicio! Ellas os perfeccionarán en la vocación a la que se os ha llamado. Suplico a su bondad que os dé las gracias necesarias para guardarlas, y para uniros cada vez con mayor perfección en su santo amor. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén*» (SVP IX/1, 36).

Afectuosamente unida a ustedes en la oración,

Sor Kathleen Appler
Hija de la Caridad

Carta de Cuaresma 2020
«La fuerza transformadora de la oración»

Queridos hermanos y hermanas en san Vicente,

¡La gracia y la paz de Jesús estén siempre con nosotros!

En este tiempo de Cuaresma, continuamos reflexionando sobre los fundamentos de la espiritualidad de san Vicente de Paúl. Lo que hizo de san Vicente un místico de la Caridad, fue el hecho de que la oración estaba en el centro de su vida. ¿Cómo comprendo la oración? ¿Qué significa para mí la oración?

Según la respuesta, por un lado, la oración puede convertirse en una carga que hay que llevar a cabo día tras día. Puede tratarse de un conjunto de textos, de fórmulas, de posiciones corporales y de reglas que debo seguir. En este caso, la oración finalmente se vuelve inútil, algo que no me habla a mí personalmente ni a la realidad de mi vida. Sin embargo, San Vicente dijo: *« que no había mucho que esperar de un hombre que no gustaba de hablar con Dios, y que si no se salía tan airosamente de las actividades en el servicio de Nuestro Señor, era por no estar íntimamente unido a él y por no pedirle la ayuda de su gracia con perfecta confianza»*¹³.

Por otro lado, si la oración se hace indispensable en mi vida, algo que es inseparable de mi persona, de lo que yo pienso, digo y hago, entonces se convierte en una fuerza transformadora. La oración es un estado de espíritu, una relación continua con Jesús que da sentido a mi existencia. Yo encuentro en ella la orientación de mi vida, mi vocación, mi misión y las respuestas a las preguntas que se plantean en mi vida. La oración tiene su origen en Dios, por eso su fuerza transformadora en mí, hace continuamente «nuevas todas las cosas». La comunicación transformadora es la naturaleza de Dios.

*«Dios, cuando quiere comunicarse a alguien, lo hace sin esfuerzos, de una manera sensible, muy suave, dulce y amorosa; así pues, pidámosle muchas veces este don de la oración, y con mucha confianza. Dios, por su parte, no busca nada mejor ; pidámoselo, pero con toda confianza, y estemos seguros de que acabará concediéndonoslo, por su propia misericordia»*¹³.

La oración es el lugar donde me encuentro con Jesús, donde hablo con Jesús, donde escucho a Jesús y comparto con Jesús. Es ahí donde le hago preguntas a Jesús, donde me pongo entre sus manos con toda confianza. Cuando yo concibo todo lo que pienso, digo y hago en el marco de una relación personal con Jesús, todos mis pensamientos, mis palabras y mis acciones se hacen oración. Estoy con Alguien. Hablo, escucho y comparto con Alguien que es «el Amor» de mi vida y a quien deseo ardientemente parecerme. Tal relación requiere humildad para abrirme a Él y darle el derecho a guiar mi vida.

«Pues creedme, padres y hermanos míos, es una máxima infalible de Jesucristo, que muchas veces os he recordado de parte suya, que cuando un corazón se vacía de sí mismo, Dios lo llena ; Dios es el que entonces mora y actúa en él; y el deseo de la confusión es el que nos vacía de nosotros mismos; es la humildad, la santa humildad ; entonces no seremos nosotros los que obraremos, sino Dios en nosotros, y todo irá bien»¹³.

Así pues, de día como de noche, ya esté despierto o dormido, yo permanezco en contacto permanente con Jesús, en oración constante. Tal es el sentido de la exhortación de san Pablo a los Tesalonicenses : *«sed constantes en orar»¹³* o la llamada de san Vicente a las Hijas de la Caridad: *«... hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado»¹³*. Todo se hace oración y todo se hace Amor cuando mi principal preocupación es esta relación con Dios.

«Habiendo dicho Jesucristo : Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas que necesitéis se os darán por añadidura ; cada uno procurará preferir las cosas espirituales a las temporales, la salvación del alma a la salud del cuerpo y la gloria de Dios a la vanidad del mundo»¹³.

En efecto, la oración transforma mi jerarquía de valores y mi relación con las personas, con los objetos, con los lugares y con el tiempo. Mis prioridades se vuelven diferentes de las del mundo, aunque yo vivo en él. La llamada carta a Diogneto propone una descripción de los primeros cristianos que debería también aplicarse a mí:

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes.

Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen

de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida»¹³.

Los cristianos así descritos no habrían podido sobrevivir jamás, permanecer fieles, superar increíbles sufrimientos y persecuciones y ser testigos hasta la muerte en todo tiempo si su vida de oración no hubiera sido una relación profunda con el Amor de su vida. Jesús era su todo y, así pues, ha guiado todas sus elecciones. Esto implica conocerlo y «entrar en su espíritu», según los consejos que san Vicente dio a sus cohermanos :

«Preguntándonos cuando se presente la ocasión: «¿Cómo juzgaba de esto nuestro Señor? ¿Cómo se comportaba en un caso semejante? ¿Qué es lo que dijo?» Es preciso que yo ajuste mi conducta a sus máximas y a su ejemplo. Sigamos esta norma, hermanos míos, caminemos con toda seguridad por este camino, en el que Jesucristo será nuestro guía y nuestro conductor; y recordemos lo que él ha dicho, que «el cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán» (cf. Mateo 24,35). Bendigamos a nuestro Señor y tratemos de juzgar como él y hacer lo que él nos recomendó con su palabra y con su ejemplo. Y no sólo esto; entremos en su espíritu para entrar en sus acciones. No basta con hacer el bien, hay que hacerlo bien, a ejemplo de nuestro Señor, de quien se dice en el evangelio que lo hizo todo bien: Bene omnia fecit (cf. Marc 7, 37). No basta con ayunar, con cumplir las reglas, con trabajar para Dios; hay que hacer todo eso con su espíritu, esto es, con perfección, con los fines y las circunstancias con que él mismo lo hizo»¹³.

Un ejemplo de Jesús que yo debería adoptar concierne a su oración. Jesús oraba a menudo retirándose a un lugar de soledad donde podía estar a solas con Dios Padre. A lo largo de la historia y todavía hoy, numerosos santos y otros cristianos han dedicado y dedican tiempo de sus compromisos y sus servicios cotidianos para partir al «desierto» con el fin de estar solos con Jesús.

Además de la oración, comunitaria o individual, que practico ya de manera cotidiana, semanal, mensual o anual, ¿puedo encontrar otros medios de ir al «desierto» para profundizar mi relación íntima con Jesús? El desierto puede ser un lugar al que yo voy físicamente o un estado de espíritu que no sea un lugar concreto. ¿Dónde puedo encontrar este desierto? ¿Cuántas veces puedo ir? ¿Cuánto tiempo puedo quedarme?

Que nuestra oración se convierta en un regalo que nos ofrecemos los unos a los otros. Seamos testigos de la «fuerza transformadora de la oración».

Su hermano en san Vicente,

Tomaž Mavrič, CM
Superior general

Notas

¹ Luis Abelly, «Vida del venerable siervo de Dios Vicente de Paúl», libro III, capítulo VI, página 583

² SVP XI/3, 136; conferencia 52, Repetición de la oración del 4 de agosto de 1655

³ SVP XI/3, 207; conferencia 64, “Sobre los sacerdotes” [septiembre de 1655]

⁴ 1 Tesalonicenses 5,17

⁵ SVP IX/1, 379; conferencia 37, “Sobre la oración”, 31 de mayo de 1648

⁶ Reglas comunes de la Congregación de la Misión, Capítulo II, 2 (17 de mayo de 1658)

⁷ Oficio de lecturas, miércoles de la V semana del Tiempo pascual, capítulo 5, «Los cristianos en el mundo»

⁸ SVP XI/3, 468; conferencia 124, «Sobre la sencillez y la prudencia»

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Belo Horizonte

Sesión de formación vicenciana en Brasil

Durante el encuentro de Visitadoras en la Casa Madre (París) en mayo de 2018, el Espíritu Santo nos había inspirado para nuestro gran país la idea de proponer a las Hermanas una sesión de revitalización del amor a Jesucristo en la persona de los pobres, de profundización en el sentido de pertenencia a la Compañía y en el cuidado de nuestras raíces vicencianas. Este proyecto nació del corazón de Dios.

Para preparar esta sesión, se dedicó un año de estudio y de reflexión que consistía en leer y en profundizar en los documentos de los Fundadores, de la Compañía, en las Constituciones y Estatutos, en los escritos de los Superiores, en las Guías: Formación Inicial, Hermana Sirvienta, Ecónoma provincial, así como en los Documentos de la Iglesia, los de la Iglesia de Brasil y otros. La dinámica era estudiarlos personalmente, y después en grupo para presentarlos a la Comunidad local. Fue una experiencia muy hermosa y muy rica para toda la Comunidad.

Finalmente, la sesión tuvo lugar del 1 de julio al 3 de agosto de 2019. Comenzó con la celebración eucarística, en la que estuvieron presentes el Padre Bernard Schoepfer, Director

general de la Compañía, Sor Corina Bastos, Consejera general, las Visitadoras de Brasil y de Portugal, los Directores Provinciales y 64 Hermanas participantes venidas de las seis Provincias de Brasil: Amazonia, Belo Horizonte, Curitiba, Fortaleza, Recife y Río de Janeiro.

¡Qué audacia y profecía las de la Compañía extendiendo más allá de las fronteras el deseo de ponerse en movimiento al servicio de la vida, del Reino de Dios y de la fidelidad al carisma! Sentimos esta audacia a través de los mensajes de Sor Kathleen Appler: *«Hermanas, sean muy conscientes del misterio del carácter sagrado de estas semanas. Siéntanse alentadas y sostenidas por las nuevas inspiraciones que van a surgir en los próximos días. Descubran que los pobres las invitan a una relación íntima con Cristo y con todos aquellos a los que Él ama preferentemente»*. Después, Sor Corina Bastos introdujo la sesión invitándonos a "hacer la revolución de la ternura" durante todo este tiempo fuerte. Y el Padre Bernard Schoepfer nos ayudó a reflexionar más profundamente sobre la *vida de oración de las Hijas de la Caridad*.

Cada conferenciante aportó su contribución y nos animó a leer y a profundizar la Palabra de Dios, los documentos de la Compañía y de la Iglesia, acogiéndolos como un tesoro inestimable, una herencia recibida gratuitamente.

Necesitamos ser guiadas y adaptarnos al tiempo presente. Como frutos de esta sesión, hemos destacado algunas llamadas que tenemos que concretizar en actos; estos han sido reunidos en un Proyecto de Acción. En la Provincia de Belo Horizonte, este proyecto ya ha sido presentado al Consejo provincial y a las Hermanas Sirvientes; este proyecto debe llevarse a cabo en 3 años (2020 a 2023), pronto las orientaciones serán enviadas a las Comunidades. Esta iniciativa parte de la necesidad de rezar desde la vida de las personas, desde nuestra historia y desde los acontecimientos cotidianos. Es necesario evitar la acomodación y el olvido para entrar verdaderamente en la historia de la población. Estamos agradecidas por este método organizado por la Compañía que nos pone en esta disposición.

He aquí algunos testimonios de las Hermanas que han vivido la riqueza de este tiempo fuerte:

- *La Sesión me ha llevado a beber en la fuente de los Fundadores, alimentando mi vocación "a los pies del Maestro". La vida de oración ha sido fecunda.*

- *Esta Sesión me ha ayudado a profundizar en los escritos de la Compañía, a revitalizar el carisma, a fortalecer mi identidad de Hija de la Caridad; gracias al buen clima que reinaba entre nosotras y a los testimonios de sencillez y del deseo de progresar en la vocación, este tiempo me ha ayudado a releer y a evaluar la vida en cada instante.*

- *Toda la Sesión me ha llevado a repensar, a orar y a retomar mi llamada vocacional y la respuesta dada hace casi cincuenta años. Todo ha sido preparado y realizado con mucho*

cariño y a largo plazo. No se percibía ninguna improvisación. Los conferenciantes eran excelentes y el Equipo de coordinación estaba bien preparado y bien conectado. ¡Qué riqueza en nuestras diferencias culturales y regionales!, el ponerlas en común ha permitido crear una bella armonía, una profundidad en la liturgia, una complementariedad en los intercambios y los trabajos de grupo. La coordinación ha dirigido esta bella «orquesta» con calma y competencia, lo que ha dado lugar a una bella sinfonía de acción de gracias y a una revisión valiente de la experiencia del carisma vicenciano.

- Esta sesión me ha ayudado a reforzar mi pertenencia a la Compañía, a profundizar mi conocimiento de los escritos de los Fundadores, a intensificar mi vida de oración y mi vida fraterna. Esto me ha ayudado a dirigir una mirada más contemplativa hacia mi misión, a vivir un proceso de conversión, dejándome conducir por Dios. ¡He vuelto a las fuentes!

- La Sesión me ha dado la ocasión de fortalecer el carisma vicenciano y mi pertenencia a la Compañía. Ha contribuido a reforzar mi identidad de Hija de la Caridad y mi compromiso en los estudios realizados, comprendiendo la responsabilidad y el deseo de transmitir esta experiencia a las Hermanas de mi Provincia. Esta experiencia me ha dado la oportunidad de comprender lo que es una vida dinamizada en el servicio apostólico, enraizada en Jesucristo e inspirada por el Espíritu Santo, ofreciendo el amor de Dios a través de las buenas obras y la vida fraterna. Yo tomo conciencia de que, respetando las diferencias, viviendo relaciones humanizadas y humanizantes, soy una sierva fiel, a ejemplo de María. "Que yo sea de Dios, para servir a mis hermanos, pues tal es mi vocación".

Esta sesión ha sido la ocasión de vivir una confrontación personal y comunitaria, de crear vínculos sólidos, de experimentar un enriquecimiento humano y espiritual. Hemos vivido un «nuevo Pentecostés» en nuestras vidas y hemos escuchado los «gemidos del Espíritu». Nuestra época exige competencia, discernimiento, audacia, valentía y creatividad. Debemos abrirnos aún más al Espíritu Santo, para vivir el «aquí y ahora», mirar al futuro con ojos proféticos, audaces y vicencianos, dejarnos evangelizar por los pobres; estar entre ellos; ser pobres con los pobres; aprender de ellos. He aquí la condición esencial para un don total.

La última palabra es la del agradecimiento a todos los que nos han proporcionado este tiempo de crecimiento espiritual, comunitario, provincial e interprovincial, así como la oportunidad de una buena formación, basada en los valores del Evangelio y de la Compañía. ¡Que Dios sea alabado por todo!

Sor Márcia Helena Silva CRUZ
Hija de la Caridad

Provincia Nuestra Señora de la Misión-América Sur

La conversión en las cárceles de Bolivia y las gracias recibidas a través de la persona de los presos

Las cárceles de Bolivia

Sabemos que la situación de las cárceles en cada nación generalmente responde a una cuestión práctica, aunque refleja la filosofía del país al respecto. Sin quebranto del derecho de las víctimas, podemos decir que la cárcel es el mundo de la exclusión, del atropello a la dignidad, de la impotencia del miedo, de la injusticia, que transforma al ser humano en víctima del poder punitivo de nuestra sociedad. En ella, están en su mayoría la gente pobre, abandonada a su suerte por falta de políticas penitenciarias dirigidas al respeto de los derechos humanos. Al respecto, existen pocas excepciones en países como Latino-América.

En concreto, realizaremos un breve acercamiento al conocimiento de la realidad carcelaria, concretamente, en el Departamento de Cochabamba-Bolivia. En Cochabamba, existen varios recintos penitenciarios, 6 y aproximadamente 2800 internos, (es una población variable). En estas cárceles, como en algunas del país, viven muchas personas supuestamente descontando sus delitos. Y gran parte de ellos, jóvenes que no han tenido oportunidades de un desarrollo personal integral, humano, como corresponde por derecho a toda persona; ello, por falta de oportunidades. Su vida ha transcurrido en la calle, sin hogar propio, han crecido en la violencia, robo y vicio de toda índole, sin nadie que se preocupe por ell@s y, lo peor, nunca han experimentado un amor auténtico. Aquí, también se concentra a personas de la tercera edad y enfermos crónicos con tuberculosos y SIDA. Somos testigos de que en estos recintos penitenciarios se viven varios problemas que no se dan aislados, sino más bien están conectados entre sí. Los recintos carcelarios, casi siempre, no ofrecen las mínimas condiciones: mal estado de la infraestructura, superpoblación carcelaria, insalubridad, poco espacio para caminar, descansar, dialogar...

Al mismo tiempo que en las cárceles se vive de lo peor, se dan verdaderas y profundas expresiones de humanidad. El preso gime por el dolor causado, Algunos, sufren la enorme soledad y el abandono, otros soportan la violencia y prepotencia de personas que le rodea, y otros dan gracias a Dios por haberlos llevado a “este lugar” o haberles “quitado el velo que les cubría los ojos”, impidiéndoles verse como eran. Así que la cárcel se vuelve un “lugar” de encuentro con el Dios de Jesucristo en su Misericordia y Amor.

¿La cárcel puede ayudar a los privados de libertad en una verdadera rehabilitación?

Desde los primeros tiempos del cristianismo, la Iglesia Católica se ha involucrado en cuestiones relacionadas con la injusticia y las condiciones de quienes delinquen (fundamento

evangélico, Mateo 25,36). Ello, a partir de nuestra convicción de que Dios está en cada individuo, vemos a los socialmente llamados “delincuentes” como seres humanos, con derechos y deberes y nos preocupamos por su bienestar sin importar qué delitos hayan cometido. Para las personas que integramos la Pastoral Penitenciaria, no hay un solo ser humano fuera del Amor de Dios. El área del crimen es una situación donde se necesita del perdón y justicia humanizada.

Por parte de la Pastoral Penitenciaria en Bolivia, esta intervención viene dada por el esfuerzo de tantos años en las cuestiones de justicia penal y Derechos Humanos. Su misión es el resultado de una colaboración con muchas personas y organismos al servicio de otras alternativas: evitar la vulneración de los derechos, la disgregación familiar, el que se llegue a mejorar el trato en las relaciones interpersonales y se reduzca la violencia en las cárceles en cuanto sea factible. Porque negar estos derechos y mirar pasivamente la violación de la dignidad, es contribuir a una sociedad cada vez más enferma.

Objetivo de la Pastoral Penitenciaria en el departamento de Cochabamba

Nuestra Pastoral penitenciaria tiene por objetivo “humanizar el mundo de la prisión, desarrollando de forma integral las dimensiones propias del ser humano, defendiendo y luchando por los Derechos Humanos de las personas que sufren en prisión, exigiendo respeto a su condición humana y evitando su deterioro personal y moral”. De acuerdo a los lineamientos pastorales priorizados por la Pastoral Penitenciaria, hacemos conocer las acciones de servicio que se realizan a favor de los presos y sus familias.

En el área espiritual, se comparte la Palabra de Dios, se celebran los sacramentos y se imparte formación catequética y bíblica. *En el área de salud*, se gestionan y acompañan situaciones de enfermedad, a todo privado de libertad y sus familias según sus necesidades y si no están cubiertas por el gobierno, y se desarrollan planes de prevención juntamente con las autoridades competentes en el tema de salud. *En el área jurídica*, se aboca a todo lo que hace asesoramiento y seguimiento de todos los procesos jurídicos que son solicitados. *En el área social*, se implementan programas de Crecimiento y Desarrollo a menores de 6 años que viven en las cárceles con sus padres, contamos con actividades deportivas y lúdicas para niñ@s, hij@s de los presos fuera del recinto penitenciario. Para mejorar las competencias profesionales de los adultos, hay materias básicas y talleres de formación en las diferentes ramas profesionales.

La presencia y apoyo en la solución de problemas suscitados en las cárceles es requerida por las autoridades de las instituciones que conforman la comisión interinstitucional (Tribunal de Justicia, Departamental, Ministerio Público, Defensa Pública Defensoría del Pueblo, Gobernadores de las cárceles, Régimen Penitenciario, Pastoral Penitenciaria y representantes delegados de los internos en los penales). Este es un espacio donde se toman decisiones y compromisos respecto a la problemática surgida.

El hecho de que el equipo de la Pastoral penitenciaria intervenga gratuitamente es muy apreciado por estas autoridades públicas.

La visita a las cárceles, un encuentro con Jesucristo

La cárcel como lugar de encuentro con este Jesucristo nos exige conversión. Todo nuestro hacer puede ser felicitado, lo mismo que a cualquiera de las personas inscritas a algunas de las ONGs con presencia en las cárceles. La diferencia la hace si nosotr@s estamos en un camino de conversión, iniciado en cada visita a nuestros hermanos; es aquí donde Jesús hace

su acción desde los pobres. De ahí la importancia de volver cada uno de nosotr@s al Jesús del Evangelio, encarnado en los más Pobres.

Cuándo el cristiano no está centrado, “enraizado” en Jesucristo, cuando la compasión no ocupa un lugar central en el servicio de la evangelización, ni en el quehacer cotidiano de cada día, cuando los pobres y los últimos no son los primeros en nuestras vidas, la vida consagrada no es fuente de salvación ni de extensión del Reino de Dios. Por lo que se nos hace urgente impulsar la conversión al Espíritu que animó la vida entera de Jesús, volver a las raíces evangélicas, a lo esencial, a lo que vivió Jesús y que San Vicente nos dejó como legado espiritual.

Con frecuencia decimos: **“los Pobres nos evangelizan”**. ¿Cómo es esta vida evangelizada, mejor convertida? En nuestra experiencia de servicio con los Pobres, el ser persona convertida significa: una persona preocupada por la felicidad de las personas, que acoge, escucha, acompaña a los que sufren, a la que la gente reconoce como “amiga de los pecadores”. Una persona más sencilla, fraterna y buena, humilde y llena de Caridad, que comparte las preguntas, conflictos, alegrías y desgracias de la gente y desgasta su vida al servicio de los más pobres. Los presos y el sufrimiento de sus familias nos dan esta oportunidad de conversión, nos llevan al Dios de Jesucristo, al Dios Misericordia y Amor.

Por ello, necesitamos hacer una lectura más profunda de esta vida de conversión. No es tarea fácil. En unos tiempos en que se está produciendo un cambio-sociocultural sin precedentes, se necesita una conversión sin precedentes. Necesitamos un “corazón nuevo” para engendrar de manera nueva la fe en Jesucristo. No hemos de tener miedo a poner nombre a nuestros pecados, todos somos más o menos responsables de las desgracias con las que cargan los más pobres, todos somos más o menos responsables, sobre todo, con nuestra omisión, pasividad y/o mediocridad, como nos recuerda tan a menudo el Papa Francisco.

¿Que nos exige todo esto?

Buscar una calidad nueva en nuestra relación con Jesús, una relación con un Jesús conocido y confesado de manera concreta, un Jesús profeta que denuncia y anuncia el Reino. Un Jesús que seduce por su Amor, que nos llama y toca nuestro corazón. Escuchar su palabra que son relatos de conversión, su manera de ser, amar, preocuparse por el ser humano, aliviar el sufrimiento, de confiar en el Dios-Padre. Este esfuerzo por aprender a pensar, sentir, amar y vivir como Jesús debería estar en el centro de nuestra vida y de hacerlo realidad en el servicio y en nuestra respuesta de reciprocidad nos vendría la Gracia de la evangelizadora conversión, dada por los Pobres.

Cuando decimos descubrir llamadas y nuevos caminos de evangelización y conocemos la antigüedad de la labor de la Iglesia en las cárceles, esto nos hace profundizar en la realidad de la reciprocidad reflejada en las manifestaciones positivas de las personas que viven en una pobreza no deseable: la del hambre, exclusión, la miseria de las mesas sin pan. No se puede jugar a hacer estadísticas y estadísticas con la pobreza en los recintos penitenciarios, sino que tenemos que luchar como mejor sepamos para acabar con ella. Y aquí está la fuerza de la llamada a la conversión dada por la reciprocidad.

Puedo decir con convicción de fe, que el pobre rompe la barrera del poder, de la riqueza, del orgullo, quitan la máscara con que se rodea el corazón humano. El pobre en definitiva revela a Jesucristo. Hace que el que ha venido para “ayudarlo” descubra su propia pobreza y vulnerabilidad, le hace descubrir también su capacidad de amar, la potencia del amor de su corazón. El pobre tiene un poder misterioso, en su debilidad es capaz de tocar los corazones endurecidos y de sacar a la luz las “fuentes de agua viva” ocultas en nuestro interior. El pobre libera.

Decimos que los Pobres nos evangelizan, que son los tesoros de la Iglesia, pero sino ocurre la conversión en nuestras vidas de servicio, si no llevamos a Jesús a la vida de los presos es porque nuestra motivación de fe en el servicio no está enraizada en Jesucristo. María visita a su prima Isabel, lleva a Jesús consigo y se da la reciprocidad en el saludo y se manifiesta en afectos positivos (Lc. 1, 19-56). Hay una correspondencia que genera alegría, solidaridad, confianza, misericordia, servicio gratuito, paz, amor.

Dios no espera de nosotros, nada que sea forzado, sencillamente quiere vernos viviendo una vida más humana y más feliz. Demos sentido a nuestras vidas convertidas desde la fe en Jesucristo y que este vivir la fe dé sentido a la vida de cuantos nos rodean, con predilección a los más Pobres y les lleve a recuperar su dignidad de personas.

Sor María Ángeles GONZÁLEZ
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Región de Albania

“Bautizadas y enviadas”

“Los renacidos por el agua y el Espíritu - los bautizados - están llamados a salir de sí mismos y a abrirse a los demás, a vivir la cercanía, el estilo de vivir juntos, que transforma toda relación interpersonal en una experiencia de fraternidad” (*Audiencia del Papa Francisco 16 de octubre de 2019*). En estos días en los que la Iglesia proclama una nueva primavera misionera, hemos sido enviadas las dos para vivir el Mes misionero extraordinario en el sur de Albania, región en la que el Evangelio es poco conocido.

La primera semana, nos hicimos presentes en tres pequeñas comunidades cristianas, una en Berat, otra en Kuçova y la tercera en Uznova. Visitamos a las familias pobres, a los enfermos, nos encontramos con varias personas que pedían el bautismo y otras que deseaban conocer mejor a Dios. El primer día de la misión comenzó en Uznova con una celebración eucarística. Al final de la misa, cada bautizado, y así pues nosotras dos, recibió una cruz y fue enviado en misión. Visitamos a las familias que eran musulmanas de tradición pero que habían expresado el deseo de recibir el bautismo católico. Les explicamos el sentido de la señal de la cruz, después dialogamos sobre dos versículos del Evangelio de Juan (3, 16-18), que presentan a Jesús Salvador que ofrece a todos los hombres la salvación. Continuamos con un tiempo de oración por las familias y sus necesidades. Para terminar, les regalamos una Medalla de la Virgen Milagrosa explicando el mensaje de la Inmaculada y su protección maternal. El domingo siguiente, Jornada Mundial de las Misiones, fuimos de Berat a Vlora. Al final de la misa, cuatro personas recibieron una cruz para llevársela a otros. Posteriormente, las familias se reunieron y un matrimonio de Shkodra dio testimonio de su fe para animar y sostener a los que eran principiantes en la fe cristiana. Además de estos encuentros, visitamos a otras personas que eran, bien de tradición musulmana, o bien de religión ortodoxa, pero todas estaban abiertas y deseosas de conocer mejor al Dios de Jesucristo.

En el pueblo de Memaliaj, a hora y media de Vlora, nos encontramos con Dionis, un muchacho de 19 años, que acababa de recibir un diagnóstico de una enfermedad rara: distrofia muscular. Es bastante sorprendente ver cómo Dionis había encontrado el camino de la Iglesia. Originario de una familia musulmana, no conocía nada de la Iglesia católica, pero después de haber consultado la página web de la Iglesia en Vlora, envió a su madre a Vlora, convencido de que encontraría consuelo entre los miembros de la Iglesia. Su madre consiguió hablar con el obispo y, después de varias reuniones de preparación, Dionis pidió el bautismo. En varias ocasiones, él decía que su bautismo sería, para él, un verdadero regalo porque podría anunciar a otros el Evangelio. Su hermana más joven, que había leído la Biblia en secreto, había rezado mucho al Señor por la salvación de su hermano. Desde el día de su bautismo, Dionis no cesa de proclamar a Cristo, ya sea en las redes sociales, ya entre quienes le rodean. Su casa se ha convertido como en una pequeña capilla: muchos piden conocer al Jesús de Dionis. El número de esta comunidad cristiana no cesa de aumentar, el obispo ha alquilado el local de un antiguo

bar para reunirse cada semana con esos nuevos cristianos, darles catequesis y celebrar con ellos su fe en Jesucristo. Tuvimos la gracia de estar allí el día de la inauguración de este local. Juntos rezamos, y después de la proclamación de la Palabra, nosotras explicamos cómo habíamos conocido al Señor. Sus palabras eran muy conmovedoras: *“nosotros sabíamos que había un Dios, pero nadie nos había hablado de Él como ustedes lo han hecho con nosotros hoy”*. A pesar de los dolores que le hacían sufrir tanto, Dionis se quedó entre nosotros. Inmóvil y deformado, él no quería llamar la atención para dejar el primer lugar a Jesús, el príncipe de la paz. Él continúa escribiendo cada día en la página web, diciendo que une sus sufrimientos a los de Cristo crucificado y los ofrece por diversas intenciones.

Para concluir este Mes misionero extraordinario, se organizó una misa solemne en el Palacio de los deportes de Vlora. Muy pronto por la mañana, gente de toda Albania llegaban para participar en la celebración con los obispos de Albania y todos los misioneros que trabajan aquí. La misa estuvo precedida por un programa muy rico: cantos, testimonios sobre la vida de fe y de conversión, envió en misión a Vlora de una familia albanesa. Participaron en esta misa numerosos jóvenes creyentes, signo de una Iglesia viva. Esto nos ha llenado de esperanza: sí, la Iglesia de Albania es una iglesia llena de dinamismo.

Esta experiencia ha sido para nosotras una gran gracia que nos ha permitido vivir algo de la primera Iglesia de los apóstoles. Damos gracias al Señor por las maravillas que Él continúa realizando cotidianamente.

Sor Tone Dedaj y Sor Aferdita Koliqi
Hijas de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Cuasi-Provincia

Cinco destellos en mi camino

Soy Hija de la Caridad desde hace 24 años por pura misericordia de Dios ya que, de otro modo, mis muchas debilidades me habrían conducido por caminos muy diferentes.

He querido titular mi intervención: “Destellos luminosos en el camino”. La razón es que considero la vida como algo siempre en movimiento, siempre mejorable, siempre inacabada y lo que voy encontrando en el camino son destellos de aquello que deseo profundamente vivir y de lo que algún día podré vivir en plenitud junto a Dios. Compartiré 5 destellos que han iluminado mi vocación y que me han ayudado a ver más claro el sentido de mi vida.

Cuando San Vicente decía a nuestras primeras Hermanas: “Los pobres serán vuestros maestros” creo que tenía gran acierto y seguramente estaba compartiendo su propia experiencia. En realidad, los destellos que quiero compartir son algunas de las lecciones que he recibido de las personas que la Compañía ha puesto en mi camino al enviarme a los distintos servicios en los que me he encontrado con personas migrantes y/o sin hogar. Sus nombres yo los guardo cuidadosamente en mi corazón pero que por razones obvias los voy a cambiar en esta presentación:

El primer aprendizaje que deseo compartir es una experiencia previa a mi pertenencia a la Compañía. Se trata de una actitud y acción de mi madre que me hace creer que efectivamente “El amor es creativo hasta es infinito”. María Antonia era una señora que vivía sola con gran austeridad y sin medios suficientes. Mi madre escuchó comentarios entre las vecinas sobre su falta de higiene en los vestidos. Y no podía quedarse tranquila. No sabía cómo ofrecer su ayuda cuando un día se le ocurrió decirle *“María Antonia, he soñado esta noche que le lavaba la ropa, ¿no será que tiene usted necesidad de ello?”* Y la señora con mucha humildad aceptó la oferta. La segunda parte era ¿cómo llevarlo a cabo? y es cuando entro yo en juego a mis 14 años. Una visita semanal hizo posible que recogiera la ropa para lavar y que entregara la de la semana anterior, limpia y planchada. Pero claro está, esas visitas me marcaron mucho y fueron un tiempo de escucha que María Antonia esperaba anhelante cada semana. “El amor nos hace creativas”.

Durante mi primera estancia en París entre 2000 y 2007, comprendí mejor que “el respeto del ritmo personal y el cariño nos abren las puertas del corazón y de la razón”. María era una española que emigró a París desde muy joven, trabajó de telefonista en las conexiones con América Latina y en ese servicio la conoció Sor Catalina de Pedro, mi mentora como visitadora de prisiones y en las visitas a ancianos y enfermos hispanohablantes en París. Un día, Sor Catalina supo que María estaba internada en un Hospital psiquiátrico y fuimos a verla en varias ocasiones. Cuando le propusieron regresar a su casa nos pidieron que la acompañásemos. Lo que allí encontré fue inimaginable y desolador. Sufría del síndrome de Diógenes y todo para ella tenía un valor y un sentido tal que no le permitía tirarlo a la basura. Las bolsas que una amiga le había ayudado a preparar para tirarlas aún estaban allí pues no permitió que lo hiciera. Una a una las tuve que ir revisando junto a ella para encontrar preciosos tesoros como mechas

de su pelo que no quería que utilizaran para hacerle brujería, el peine del bigote de su exmarido y un largo etcétera. Son incontables los días y las horas que pasé con ella. Algunas temporadas iba menos a su casa, pero hubo un nuevo ingreso por quejas de los vecinos y para la siguiente salida pudimos, con su permiso claro, hacer una formidable limpieza. Con ayuda de una joven dominicana reunimos más de 50 bolsas de basura. Limpiamos, pintamos, pusimos cortinas. Pudimos por fin liberar la cama que había estado todo el tiempo cubierta de trastos. Ella dormía en tres sillas colocadas a modo de camastro. Con el tiempo, con mucho cariño y paciencia llegó el momento en que María decidió regresar a España y logramos una plaza en residencia de mayores con nuestras Hermanas, muy cerca de mi pueblo. Mi madre la ha visitado hasta su fallecimiento y en cada visita expresaba su agradecimiento por la paciencia y cariño con los que fue tratada por las Hermanas.

Recibí mi tercera lección también en París, pero esta vez en el servicio de visitadora de prisiones. “Amar de otro modo, amar en libertad como Jesús, es posible”. En la prisión de la Santé, acompañé a un joven chileno, llamémoslo el “diablito rehabilitado” pues así firmaba sus cartas. En este servicio, pude afianzar la convicción de que vivir y expresar la castidad es un medio para ayudar a crecer en el amor a los demás. Durante dos años visité al diablito rehabilitado y cuando llegó el momento de regresar a España, pues tuve el destino, fui a despedirme de él y en esa última conversación me dio las gracias por haberle ayudado a aprender que se puede querer a las mujeres de una forma diferente a como él lo había hecho hasta entonces. Vale la pena cultivar la castidad de forma visible y verbalizarla con sencillez.

Una de las lecciones que más nos cuesta aprender a los trabajadores sociales es aceptar las decisiones de la persona que acompañamos cuando vemos que no les conducen hacia una mejoría. Por desgracia, hay veces que dichas decisiones son trágicas y conducen al encuentro definitivo con el Señor. Es el caso de mi querido “Adam”, y digo “querido” con todas las letras, pues el Señor permitió que nos quisiéramos mucho. Era un hombre bueno, fragilizado y alejado de su familia por el alcohol. Lo acompañé en varias ocasiones al Hospital, con ingresos de semanas y finalmente, tras una noche de embriaguez y pelea no logré convencerle para ir a un hospital donde curasen sus heridas. Un día después al despertar, el compañero que dormía en el mismo cajero de banco que él lo encontró muerto. Estaba ya cansado de luchar, deseaba y necesitaba un abrazo definitivo que sanara por completo su dolorido cuerpo y su maltrecha alma, sólo Dios podía dárselo. Unas semanas antes había venido feliz porque una parroquiana le había regalado una biblia en su lengua natal, una Hermana le ofreció una funda para que la conservara y era su compañía, su consuelo. El acompañamiento a las personas sin hogar llega incluso hasta el momento de la muerte y de una despedida digna y religiosa. Para cada una de las personas fallecidas mientras frecuentan nuestro programa, celebramos una eucaristía en la que todos los compañeros de fatigas y amigos puedan compartir su dolor y elaborar su duelo.

Antes de concluir, quisiera compartir esta convicción de que “Los caminos de Dios no son nuestros caminos, pero la disponibilidad nos conduce por los caminos de Dios”. Una de las pistas que me condujeron a la Compañía, y no hacia otras congregaciones que había en mi pueblo y que conocí en mi tiempo de estudios, fue la diversidad de servicios. Pero dentro de esa diversidad no me sentía capaz de ser maestra. De forma muy modesta, pero con gran interés asumí el servicio a los inmigrantes africanos en Albacete. Un servicio que no sólo me pedía ser maestra de letras y números, enseñando a leer y escribir y la lengua española, sino que requería ser maestra para la vida cotidiana. Eran 18 los hombres que, venidos de diferentes países de África, acogíamos en 3 pisos. Se me pedía que los acompañara en una etapa importante de su proyecto migratorio. Organización de la casa, gestiones administrativas, acompañamiento en la enfermedad, enseñanza del español e incluso alfabetización. Todo ello interrumpido continuamente por los precarios pero imprescindibles trabajos en las campañas agrícolas. Cuando llegó el momento de dejar Albacete para venir a la Casa Madre tuvimos una reunión

en la que evaluar nuestro trabajo y agradecer todo lo que habíamos compartido y aprendido juntos, Jawara dijo: “Me gustaría tener un corazón como el suyo”. Yo bendije a Dios y me alegré de que mi trato con ellos hubiera despertado el deseo de ser bueno, de tener un corazón que quiere ser grande y generoso, paciente y entregado.

Y en todo este camino, el eco del divino impaciente (obra de teatro sobre San Francisco Javier) resonaba en mi interior: *“la virtud más eminente es hacer sencillamente lo que se tiene que hacer”*. En palabras de San Vicente “hacer bien hecho, lo que se tiene que hacer”. Y para llegar a ello: Permanezcamos, con corazón firme, unidas al Señor (cf. Hch 11,23).

Sor María del Carmen BRIONES
Hija de la Caridad

Cuasi-Provincia

Mi experiencia de Comisaria apostólica

Hace algunos años, recibí una llamada de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica: ser «visitadora apostólica» en un Instituto de derecho pontificio. Después de haber dialogado con la Visitadora, reflexionado y rezado, acepté este servicio. El Dicasterio me envió el nombramiento oficial explicándome mi misión: *«organizar una visita a todas las comunidades locales de este Instituto y a la Superiora general y su Consejo»*. Así pues, eso fue lo que hice y envié al Dicasterio mi informe. Un poco más tarde, el Dicasterio vuelve a ponerse en contacto conmigo y me pide que sea la Comisaria apostólica de este Instituto. Después de haber rezado de nuevo, reflexionado y pedido consejo, volví a decir «sí». Poco tiempo después, recibí el decreto de nombramiento como Comisaria, firmado por el Prefecto y aprobado por el Papa.

¿Qué es la comisaría apostólica?

Cuando hay graves dificultades en un Instituto, una Congregación religiosa o una Sociedad de vida apostólica, el Dicasterio toma la decisión de quitar la responsabilidad al Superior general y a su Consejo y se da la autoridad al Comisario apostólico sobre todos los miembros y los bienes del Instituto, en todos los lugares donde está presente.

El Dicasterio me indicó los dos puntos sobre los que debía trabajar: la unión entre los miembros y los problemas financieros, porque los empleados reclamaban el respeto de sus derechos; si yo lo deseaba, podía buscar la ayuda de laicos y cada seis meses elaborar un informe de la situación. Así pues, comencé con un primer encuentro en su Casa Madre con la Superiora general depuesta, su Consejo y todos los miembros que deseaban participar. Les propuse el nuevo camino a hacer juntas y comencé por aprender a conocer el carisma, a través del Fundador, las Constituciones, el Directorio y, sobre todo, la escucha de los miembros en particular. Los dos primeros años, trabajé con la ayuda de algunos laicos bien preparados. El tercer año, después de haberme consultado, el Dicasterio me proporcionó dos consejeros, una religiosa y un sacerdote diocesano, los dos habían tenido contactos con este Instituto.

Lo que realicé

Me reuní varias veces con todas las Comunidades de este Instituto para conocerlas, escuchar sus dificultades personales, comunitarias, las del Instituto y solicitar su colaboración aceptando los cambios, algunos cierres de casas, etc...

La mayoría de los miembros aceptaron esta colaboración, aunque fuera un gran sufrimiento, otros lo vivieron mejor. Pedí a un pequeño grupo, disponible y deseoso de esclarecer la realidad, que trabajase conmigo para buscar la verdad, aunque fuera dolorosa, y llegar hasta el fondo...

Después de dos años de trabajo, acogí a los dos consejeros del Dicasterio y di gracias por la confianza y terminé mi tarea.

Lo que hemos realizado

Trabajamos en el redescubrimiento de la vocación: llamados a seguir a Cristo para ser discípulos día tras día, llamados a la vida comunitaria, reaprender la acogida a cada miembro, la reconciliación con cada uno, incluso después de fuertes rupturas y de grandes sufrimientos e incomprensiones, buscando juntos la verdad... todo esto a través de la animación de los Ejercicios Espirituales, tiempos fuertes bien preparados, cartas circulares, visitas, cambios de comunidad, etc...

Respecto al personal laico seguimos estas tres reglas: transparencia, justicia, legalidad. Antes, toda la administración estaba en manos de un laico, al que se llamaba director, y los miembros del Instituto no conocían nada de la administración, solamente sabían que había problemas financieros: deudas importantes, venta o cierre de algunas casas, salarios no pagados desde hacía varios meses, impago a la cooperativa de servicios, etc... Algunos miembros habían observado esto, pero no se les escuchaba e incluso eran apartados. Esto era la causa de la división entre los diferentes miembros. Debido a la mala administración, una gran propiedad del Instituto había cerrado, actualmente ha reabierto.

En diciembre, tuvimos un encuentro en su Casa Madre con el Prefecto, su Secretario, otros miembros del Dicasterio y todas las responsables de las Comunidades para releer el camino recorrido. Después, el Prefecto me nombró de nuevo Comisaria apostólica. Pero Sor Kathleen Appler me pidió finalizar esta misión para venir a la Casa Madre a París al servicio del Centro Internacional Misionero. El Dicasterio aceptó mi dimisión y nombró otro Comisario apostólico.

Esta misión ha sido una gran experiencia de fe. Solo el Señor ha sido quien me ha dado la fuerza para resistir a las presiones y poder llegar hasta el final en la búsqueda de la verdad y de la justicia; para acoger a cada Hermana y no buscar más que el bien de todas y cada una... la mayoría habían comprendido esto. Continúo rezando por todas y cada una.

Esta experiencia me ha hecho apreciar aún más la riqueza de la Compañía y sus sólidas bases, especialmente en lo referente a la formación que recibimos desde el Postulantado y durante toda nuestra vida, sobre el empleo y el dar cuenta del dinero a todos los niveles, aunque yo pienso que actualmente deberíamos profundizar más en el documento del Dicasterio «*Economía al servicio del carisma y de la misión*» y tratar de ponerlo en práctica a todos los niveles: personal, comunitario y provincial. Nadie debe gestionar los bienes solo, sino siempre

en comunión con otros. Las personas con autoridad, tanto a nivel local como provincial, están invitadas a ejercerla verdaderamente como un servicio y a compartir concretamente su responsabilidad para ayudar a los otros miembros a crecer y a prepararse para asumir las responsabilidades, no concentrar todo en su persona y en sus manos. He comprendido bien el papel de los laicos, la importancia de la buena elección de las personas, así como su preparación a nivel profesional: ellos deben iluminar, pero es la autoridad de la Compañía, con su Consejo, quien debe decidir y no dar nunca a nadie poderes generales.

He valorado mucho el apoyo de mi Comunidad local que me acogía los fines de semana para que yo pudiera retomar «nuestro aire». Ahora, doy gracias por todo y soy muy feliz por estar en la Casa Madre en el Centro Internacional Misionero, bajo la protección de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

Sor Rosa Maria NAPOLITANO
Hija de la Caridad

Cuasi-Provincia

Mi vida de sierva en la India

Después de terminar mis estudios de enfermería, fui enviada en misión a un hospital que estaba sobre todo al servicio de las personas aquejadas de tuberculosis pulmonar. Nuestro hospital recibía cada día a unos 200 enfermos para ser atendidos, la mayoría de ellos eran hindúes y musulmanes, casi todos originarios de familias pobres.

En la época, sólo estábamos cuatro Hermanas trabajando en el hospital, y no había muchas auxiliares de clínica para ayudarnos. Los enfermos que entraban en el servicio de antituberculosos estaban en un estado grave y necesitaban muchas atenciones y cuidados. Según sus necesidades, estábamos siempre disponibles, día y noche, a su servicio. El médico venía del exterior. En caso de urgencia, yo debía telefonar al médico y describirle el estado del enfermo. Por la noche, cuando un enfermo estaba en crisis, me llamaban y yo me levantaba para atenderle repitiéndome las palabras de san Vicente: «dejad a Dios por Dios, por todas partes encontrareis a Cristo».

Un día, durante nuestros Ejercicios Espirituales, el predicador nos dijo que evangelizáramos a los pobres a los que servimos, esto me impactó mucho. Y pensé: «Yo no hago más que el servicio corporal a los enfermos y no les ofrezco nada espiritual». Los enfermos del servicio antituberculoso permanecen a menudo de dos a tres meses en el hospital; después de su salida del hospital, continúan el tratamiento entre seis y doce meses. Entonces, a mi regreso de los Ejercicios, comencé a reunir a los enfermos por la tarde. Les leía un pasaje de la Biblia, privilegiando los relatos de los milagros de Jesús y las expresiones del amor de Dios por la humanidad.

Los hindúes creen en muchos dioses, por eso les es fácil aceptar que haya uno que ellos no conocen. Pero para ellos, los dioses siempre producen temor. Una vez, a un joven que estaba muy enfermo, casi a punto de morir, le dije: «Reza a Jesús, Él te curará de tu enfermedad». Y él fue curado. En la misma sala, otro joven estaba muy enfermo. El hombre curado le dijo: «Yo recé a Jesús y fui curado. Reza tú también a Jesús y serás curado». Y he aquí que se repuso de su enfermedad. Otro hombre estaba también muy enfermo y me pidió que rezara por él. Recé por él y cuando yo acababa de salir de la sala, su mujer llegó corriendo para decirme que él estaba muy mal. Yo me acerqué a él y me dijo: «Jesús me llama». Cerró los ojos y murió.

Todos esos enfermos eran hindúes. Cuando salen del hospital después de curarse, compran nuevas ropas y dulces. Vienen a vernos para que recemos juntos ante la estatua de la Virgen María y comparten con nosotros los dulces. Era una costumbre allí. Desde entonces, cuando eran admitidos en el servicio, los enfermos me pedían una Medalla milagrosa.

Más tarde, fui destinada a otra Comunidad. Allí, servíamos a las personas enfermas de lepra. También tenemos un hogar para los hijos de los leprosos que no están infectados. Van a la escuela pública y se quedan con nosotras hasta terminar sus estudios. Tenemos dos leproserías con unas 1 000 familias. Para mí era una experiencia muy diferente de la precedente. Debido a su enfermedad, están completamente desfigurados. Algunos rostros son incluso espantosos de mirar, otros no tienen dedos en las manos ni en los pies. Sus llagas no se curan nunca porque no las cuidan y tienen la costumbre de salir a mendigar. La mayor parte consumen droga para aliviarse. Todo el mundo los evita. Puesto que no tienen sensibilidad, los insectos los pican, pero ellos no se dan cuenta hasta que el lugar de la picadura comienza a sangrar. Su situación suscita pena. Yo trabajaba en el dispensario para distribuir medicamentos y curar sus llagas.

Antes de abrir el dispensario, teníamos la costumbre de leer un pasaje del Evangelio y de hacer una corta oración. Después, comenzábamos el servicio, pero yo veía que los enfermos estaban descontentos y eran ingratos, agresivos y exigentes. Si yo no respondía a sus exigencias, venían a discutir conmigo. Yo les escuchaba en silencio para calmar la situación y esto me enseñó la paciencia. Al principio, me era difícil servirles.

Yo me acordaba de las palabras de san Vicente: *«Los pobres son nuestros Amos y Señores»*. Poco a poco, me iba ganando su confianza. Por la tarde, visitaba a las familias, me interesaba por su vida. Ellos compartían conmigo sus experiencias dolorosas. Cada uno tenía su historia que contar. Cuando contrajeron la lepra, sus familias los rechazaron. Se vieron forzados a dejar su propia casa debido a los prejuicios sociales. Escuchándoles, comprendí que allí se encontraba el origen de sus actitudes agresivas. Entonces, comencé a manifestarles más amor y compasión.

Un hombre me contó que era profesor de inglés en la universidad. Después del diagnóstico de la lepra, perdió su puesto. Una noche, huyó de su casa familiar para que los otros no supieran nada de su enfermedad, y así proteger a su familia y que mantuviera su buena reputación. Vino a instalarse en nuestra leprosería. Él recibía una pensión y, con este dinero, ayudaba a los hijos de leprosos a proseguir sus estudios. Se quedó completamente ciego. A su muerte, su mujer no pudo acercarse a su cuerpo por miedo a contraer la enfermedad.

Otro hombre también compartió conmigo su experiencia. Era policía. Cuando cayó enfermo, su familia no le permitió entrar en la casa; durante un mes, estuvo bajo la marquesina de la casa. Después, huyó y vino a nuestra casa. Cada mañana, la Hermana responsable leía la Biblia y les hablaba de Jesús. La figura de Cristo le atraía y siempre llevaba con él una Biblia y un cuaderno. Él leía la Biblia y cuando tenía alguna duda, venía a pedir aclaraciones. Hacia el final de su vida, pidió el bautismo. Debido a la situación del país, no se podía bautizar. Como tenía un amigo baptista, se hizo baptista. Pero era cleptómano, con necesidad de acumular cosas, sobre todo las compresas de gasa, las vendas y las pomadas. Antes de morir, se desprendió de todo, pidió perdón y recibió la santa comunión, después murió apaciblemente.

Otro hombre estaba muy enfermo. Era alcohólico y toxicómano. Estaba verdaderamente muy enfermo con una llaga abierta en el estómago. Nadie se acercaba a él. Yo le vendaba sus heridas, pero cuando él estaba bajo la influencia del alcohol, venía a discutir conmigo al dispensario. Sin embargo, poco tiempo antes de su muerte, pidió el bautismo y tuvo una buena muerte.

Cada vez que había en el pueblo una persona que estaba cerca de la muerte, me llamaban para que fuera a rezar a su lado. Una vez, un hombre se burló de mí, diciendo: «Si usted no reza, él no morirá». Cerca de nuestra casa, hay un hospital del Estado al servicio exclusivamente de los leprosos. Los enfermos me decían que allí las enfermeras nunca los tocaban, cuando ponían inyecciones, llevaban guantes. A través de nuestro servicio, todos los leprosos pudieron conocer a Cristo porque sabían que sólo los cristianos prestaban tales servicios.

En 2008, en el Estado de Orissa, hubo una persecución contra los cristianos. Los fanáticos hindúes comenzaron a destruir todas las instituciones y las iglesias cristianas. Los sacerdotes y las religiosas huyeron de la región. Sólo quedaban nuestras dos Comunidades. Teníamos miedo, así que fuimos a pedir la protección de la policía. Los policías nos preguntaron: «¿Hay conversiones?» es decir «¿Convierten ustedes a la gente al cristianismo?» Les dijimos que solamente servíamos a los leprosos. Ellos nos respondieron: «*Dado que ustedes sirven a las personas rechazadas, nadie vendrá a atacarlas. Vuelvan a su casa en paz.*». Yo me dije, los pobres son nuestra protección.

Yo doy gracias al Señor por el don de mi vocación y la posibilidad de servir a todas estas personas tan desdichadas.

Sor Mary KATTIKARAM
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Cuasi-Provincia

Misionera

en la Provincia de Camerún

Cuando se habla de una experiencia vital, a menudo faltan palabras para expresar lo que se ha vivido, sin embargo yo voy a tratar de compartir con vosotras algunos de mis descubrimientos entre otros.

Cuando partí a la misión, llevaba conmigo mi maleta llena de todas las preparaciones y formaciones recibidas, por lo que estoy agradecida, (yo siempre he dado las gracias a las personas que me han acompañado, a la Compañía, a la oración de las Hermanas, y a la generosidad de mi familia). Al llegar, comprendí que no necesitaba esta maleta; porque primero debía aprender de las Hermanas de la Comunidad, de la población autóctona, de las situaciones y de las condiciones de vida de los enfermos, etc... Y llené otra maleta con la cultura del país, su manera de ver la vida, con su fe, sus sufrimientos y sus alegrías a través del rostro de los niños, del sentido de la fiesta durante las Eucaristías, de la danza, de la naturaleza... Después, poco a poco, abrí mi primera maleta para darme a los pobres con los que estaba.

Descubrí la fe y la esperanza de las familias a través de las situaciones de sufrimiento y de muerte, sobre todo las de niños muy enfermos de desnutrición por los que ya no se podía hacer nada o las de jóvenes después de un accidente de moto. Sin embargo, sin saber cómo, ellos dan testimonio en su vida cotidiana de una alegría interior y exterior y eso me hacía verdaderamente feliz. Me encontré con niños valientes, siempre dispuestos a ayudar a su madre a llevar la leña o el agua antes de ir a la escuela, a cuidar a los hermanos y hermanas pequeños. Las madres son mujeres fuertes, trabajan mucho para alimentar a sus numerosos hijos, los padres trabajan en los campos todo el día, incluso cuando están enfermos, y buscan comida para llevar a casa. Esto enseñó a servir sin quejarme cuando había demasiado trabajo. Cada enfermo al que yo cuidaba, me ayudaba a tocar a Dios, era fácil encontrar a Dios en ellos; su fe me enseñó otra manera de ponerme en contacto con Dios, las celebraciones de la eucaristía eran verdaderas fiestas y yo las vivía con intensidad. También descubrí que era posible vivir al lado de personas muy pobres y compartir la vida con sencillez, sin desear otras cosas... dándome a Dios. Recibí la riqueza de los pobres, me dieron permiso para entrar en su vida para acompañarlos, me comunicaron el Evangelio a través de su vida, los pobres me han evangelizado. Todas estas experiencias de gratuidad me conducían a darme sin medida, a compartir gratuitamente lo que yo había recibido. Todo lo que aprendí de los pobres, al compartir con ellos sus alegrías y sus dificultades, todo lo que vi y oí, no lo olvidaré nunca y esto me permite ser feliz hoy en mi vocación misionera.

Y a pesar de los problemas graves y las situaciones difíciles, la alegría de los niños y de los adultos me confortaba: yo estaba en mi lugar en medio de ellos.

También aprendí a conocer otras Iglesias desde el respeto a las tradiciones de cada uno y en la solidaridad y el compartir: ortodoxos, evangélicos, así como el Islam.

Un obispo camerunés, Jean Damay, nos hablaba un día a los misioneros de la necesidad de inculturarse para vivir la fraternidad y la comunión: «Queremos que nos acompañéis en el camino, no hay que caminar delante, ni detrás, sino a nuestro lado. Entonces, podremos avanzar juntos hacia Dios».

La Virgen se puso en movimiento... Con ella, no nos cansemos de estar en movimiento hacia los más pobres.

Para concluir, yo diré que la misión ad gentes, para mí, es una doble alegría: la de los niños que ríen y la alegría de la vocación, vivir en Dios. Es también la tristeza de ver tantos sufrimientos, enfermedades e impotencia y no poder ayudar a todo el mundo.

Sor Asunción CABEZA
Hija de la Caridad

Sor Bárbara Stanisława Samulowska

(1865-1950)

Hija de la Caridad

LA INFANCIA DE BÁRBARA

Bárbara Samulowska **nació el 21 de enero de 1865** en Woryty, pueblecito situado en el noreste de Polonia, a 2km de Gietrzwald. Sus padres, Jozef y Karolina, son pobres campesinos muy piadosos, ya tienen dos hijos, Jozef y Jan, y están felices de tener una niña. Bárbara es bautizada al día siguiente de su nacimiento en Gietrzwald, su parroquia. Es una niña sencilla y libre, a quien nadie pone límites y que no conoce la coacción, corre como una joven cierva y no tiene la costumbre de caminar tranquilamente. Alguien ha dicho: *«Bárbara no camina, salta constantemente, cuando quieres pararla, ella apenas se volverá, apenas escuchará, se liberará y huirá. Es una imagen de libertad sin restricción, una imagen de sencillez y de una naturaleza a ejemplo de una pequeña campesina¹³»*. La tez bronceada, sus ojos negros son vivos, Bárbara es una niña enérgica, desenvuelta y decidida.

Los padres *eran justos y la madre era especialmente modesta y estaba deseosa de servir a Dios¹³*. La piedad sincera de Bárbara, que profundizó participando en la vida de la parroquia de Gietrzwald, venía de su casa familiar. La madre decía de su hija: *«Siempre es dulce, cordial, educada. Cuando rezamos y celebramos novenas por diversas intenciones (el Santo Padre, el párroco, los enfermos, etc...), Bárbara reza siempre con ardor. A los 10 años, fue admitida a la Santa Comunión. En la escuela, aprende bien y fácilmente¹³»*.

HISTÓRICO DE GIETRZWALD Y DE LAS APARICIONES

La historia de este pueblecito de Gietrzwald está jalonada de acontecimientos dolorosos que lo han devastado varias veces. En 1877, Polonia está dividida entre Rusia, Prusia y Austria; y la región de Gietrzwald está bajo la dominación de Prusia, sometida a una germanización total impuesta por el canciller alemán, Bismark, que prohíbe el uso de la lengua polaca e impone el alemán, también dicta leyes anticlericales que ocasionan la persecución de la Iglesia.

El 27 de junio de 1877, Justyna Szafrynska, de 13 años, se prepara para la Primera Comunión. Al volver a su casa después del encuentro con el cura de la parroquia, ve de repente en una luz brillante a una Bella Dama sentada en un trono y un ángel a su lado. Enseguida la adolescente recita el «Ave María». Después de esta oración, la Dama se levanta de su trono y sube al cielo al lado del ángel. Es el comienzo de las apariciones de la Virgen María en Gietrzwald, apariciones frecuentes que finalizarán el 16 de septiembre del mismo año. El 30 de junio, la Virgen se aparece también a Bárbara Samulowska, de 12 años, que acompaña a Justyna. A su pregunta: «¿Qué deseas?», Ella responde: «Deseo que recitéis el rosario todos los

días». El 1 de julio, a petición del cura, ellas le hacen la pregunta: «¿Quién eres?» La Virgen responde: «Yo soy la Santísima Virgen María Inmaculada».

Numerosas personas acompañan a las dos muchachas. Entre las diferentes y variadas preguntas que le hacen a petición de la gente, algunas se refieren a la salud y a la salvación de diferentes personas, y otras se refieren a los sacerdotes prisioneros, a los desaparecidos y a la libertad de Polonia. La Virgen responde a ellas como un estribillo: «*rezad el rosario*». Ella subraya también la importancia de la Eucaristía en la vida de los cristianos. En las últimas apariciones, la Santísima Virgen bendice una fuente y deja su maternal promesa diciendo: «*no os entristezcáis porque yo estaré siempre cerca de vosotros*».

El obispo de la diócesis nombra una comisión para investigar sobre estos acontecimientos mientras que las apariciones todavía tienen lugar. Cien años después, el obispo de la diócesis confirma solemnemente su autenticidad.

Después de las apariciones, las dos muchachas sufren numerosas humillaciones por parte de las autoridades civiles. Amenazadas de arresto, el párroco Augustyn Weichsel las envía a la Casa de las Hijas de la Caridad en Lidzbark Warminski. Pero las autoridades prusianas continúan sus persecuciones contra la Iglesia, los sacerdotes y las congregaciones religiosas. Obligan a las Hermanas de Lidzbark Warminski a cerrar su casa; entonces, las dos niñas son enviadas a la Casa provincial en Chelmno, después a la escuela de Pelplin para terminar su educación básica. Allí, Monseñor Jeschke escribe de Bárbara Samulowska que *es inteligente, extremadamente perseverante y hace grandes progresos*¹³. Su comportamiento, su actitud moral, su educación, su obediencia y su relación con el entorno también son evaluadas de manera muy positiva. Más tarde, cuando sea Hija de la Caridad, la Visitadora, Sor Balbina Hanke, hablará de ella en los mismos términos.

HIJA DE LA CARIDAD

Bárbara decide entrar en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Después del Postulantado en la Casa provincial de Chelmno, parte a París y comienza el 9 de enero de 1884 el Seminario, en el 140 rue du Bac. Va a recibir el nombre de Stanislawa.

11 AÑOS AL SERVICIO DE LOS NIÑOS DE LA CASA CUNA EN PARÍS

El 8 de noviembre de 1884, Bárbara, con 19 años, es enviada en misión con los niños de la casa cuna de la rue de la Mare en París, dirigida por Sor Mauche. El 2 de febrero de 1889, pronuncia allí los votos por primera vez. A menudo, en sus cartas, expresa su felicidad de ser Hija de la Caridad, así como su amor a la vocación. En 1938, escribirá: «*Sigo estando muy feliz al servicio de Dios, muy agradecida hacia el Señor Jesús y la Madre del Cielo por esta santa vocación de Hija de la Caridad*¹³». Permanece en la casa cuna al servicio de los niños hasta 1895, fecha de su partida a Guatemala, en América Central.

En efecto, no poniendo ningún límite a su generosidad al servicio del Buen Dios, Sor Stanislawa había pedido partir a la misión Ad gentes. Después de varios años de espera, termina por embarcarse para Guatemala. En verano de 1895, Sor Marie-Thérèse Récamier, una de sus jóvenes compañeras de la Comunidad de la rue de la Mare, escribía a su familia: «*En cuanto a los encargos espirituales, tengo muchos. Te pido que encomiendes con fervor a Nuestra Señora de Lourdes nuestra Casa de Belleville y a todos sus miembros, en especial a mi Sor Stanislawa. Has venido aquí demasiado poco para acordarte de ella, pero, sin embargo, desde luego que te he hablado de ella, porque yo ya la quería durante mi Postulantado; es una Hermanita*

*polaca muy amable, que se ocupaba de la casa cuna. ¡Y bien! ella nos deja esta noche y se embarca para Guatemala. Ya comprendes que las seis semanas de viaje sin consuelo, ni auxilio religioso serán duras, en un país tan diferente del nuestro. En fin, lo esencial es hacer la voluntad de Dios».*¹³

1895 - LA MISIÓN EN GUATEMALA

Llegada a Guatemala el 11 de septiembre de 1895, Sor Stanislawa es destinada al «taller de bordado», de la Casa Central.

1896, DIRECTORA DEL SEMINARIO

Un año más tarde, el 22 de julio de 1896, es nombrada Directora del Seminario. Ella «pone todo su cuidado y todo su amor en infundir en los corazones la devoción a la Santísima Virgen. Su persuasión íntima da a sus palabras una unción que transforma las almas: todas las Hermanas desean aprovechar sus instrucciones. Cuando habla de nuestra Madre del Cielo, de su bondad, de su belleza, su rostro parece recibir su reflejo. “Amémosla, repetía, confiemos en Ella y nos protegerá durante toda nuestra vida”»¹³.

Las Hermanas jóvenes reconocían en ella una profunda piedad: «Sor Stanislawa estaba en oración constante. Ella nos inculcó un espíritu de oración y un gran amor por Jesús en el Santísimo Sacramento y por la Santísima Virgen. Celebraba las fiestas religiosas con una gran alegría¹³».

Sor Lannes lo confirma: «Se siente en esta Hermana algo extraordinario, sobrenatural: el Divino Maestro está ahí¹³». Más tarde, dice también: «Varias veces, durante los siete años que viví cerca de ella, he tratado de tener algunos detalles sobre su pasado, pero el secreto estaba bien guardado. Yo sentía que esta alma no vivía más que de Dios y que su amor intenso por la Santísima Virgen inspiraba todas sus acciones. Por eso hacía un gran bien a las Hermanas del Seminario y a todos lo que se acercaban a ella. Para recoger algunos consejos, yo me esforzaba en entrar en su intimidad. En mis oraciones – me confiaba ella sencillamente, yo hablo al buen Dios sin dificultad. A lo largo de la jornada, hago el vía crucis en espíritu, para no perder el recuerdo de su presencia y de sus sufrimientos. La Comunión espiritual, a menudo renovada, me da fuerza y luz¹³».

1907, EL HOSPITAL DE LA ANTIGUA

Pero al necesitar Sor Stanislawa un cambio de aires por necesidades de salud, se le encarga entonces, en abril de 1907, la dirección del Hospital de La Antigua, ciudad llamada por los poetas «la ciudad dormida» debido al silencio que la envuelve desde su destrucción parcial. Pero el hospital, del que ha recibido la responsabilidad, no forma parte de las maravillas arqueológicas de La Antigua: es un establecimiento vetusto de una extrema pobreza. A pesar de esta situación desoladora, Sor Stanislawa no se desanima. Como Hermana Sirvienta, exhorta a sus compañeras con sus palabras y sobre todo con su ejemplo a «no tener nada superfluo, nada personal, nada sin permiso».

Ella ama mucho a los enfermos y a los pobres. La única cosa que le hace sufrir, es ver que les falta lo necesario: «Sólo lamenta no poder ayudar a los pobres como ella desearía. Sufre al ver que no tienen lo necesario. Llega a la capilla y le pide a Dios llorando el pan que ella no puede darles¹³».

Una Hermana testimonia: «*Veía en ella un gran amor por los pobres, sobre todo cuando yo estaba en la portería; muchas veces me dijo: "cuando llegue un pobre, venga a buscarme, no le deje esperar mucho tiempo, llámeme enseguida"*. No solamente los pobres la buscaban, sino también médicos, estudiantes de medicina, enfermeras, empleados, etc... Cuando sabía que la esperaban, dejaba todo lo que estaba haciendo para prestarle servicio, sobre todo cuando era un pobre. Yo he sido testigo de la ayuda material y espiritual que ella aportaba. A menudo me decía: "Si un pobre me busca y no estoy, busque, por favor, a Sor X para que ella le sirva, porque no puede irse sin prestarle atención"¹³».

Reza por los enfermos, por el personal del Hospital, por las Hermanas de su Comunidad, animando a cada uno a rezar el rosario: «*No os olvidéis nunca de rezar el rosario, rezadlo en todos vuestros pasos al hospital y vuestros Ave Maria estarán en todo lugar*» y varias veces repetía: «*Amad mucho a nuestra Madre del Cielo*»¹³. A las postulantes, les dice: «*Amad mucho a Dios y si lo amáis, vuestro servicio será cada día mejor. Vuestro servicio depende de vuestro amor, vosotras vais a amar vuestra vocación. Dios será vuestra recompensa si lo hacéis todo por Él*»¹³.

Sor Stanislawa se preocupa también por su familia. En sus cartas, los encomienda a Dios y a María: «*Sigo rezando para que seáis como quiere el Señor Jesús. Os pongo en el Sagrado Corazón de Jesús y en el de la Virgen María. Os deseo y pido que estéis todos en la unidad y la paz, porque esto es muy agradable a Jesús y Él bendice a las familias que observan sus mandamientos. Que el Señor Jesús y la Virgen María os guarden como buenos y piadosos cristianos que tienen un buen corazón para todos y una buena conciencia, evitando el pecado y siendo agradables a Dios*»¹³. En otra carta, ella regaña a su hermano por estar demasiado preocupado por el futuro: «*Eso no es bueno porque debemos tener siempre una gran confianza en Dios que no nos abandonará nunca, sobre todo cuando Él ve que tenemos una gran confianza en este buen Padre. Pensemos en nuestra eternidad, la muerte llegará rápido, preparémonos para ella viviendo piadosamente y con una conciencia pura*»¹³. Algunos años más tarde, a propósito de su hermano enfermo, Joseph, ella escribe: «*Que el Señor Jesús le dé paciencia, que todos estos sufrimientos le sirvan para un cielo magnífico en el que todos vamos a encontrarnos*»¹³.

Sor Stanislawa colabora muy bien con los laicos. El director del hospital constata rápidamente que la prudencia, la preparación perfecta y la dedicación total de la nueva Superiora, hacen de ella una colaboradora preciosa. «*¡Hemos ganado mucho! ¡Con tal de que nos la dejen!*» – exclama con alegría al ver el orden y el bien que se hacía¹³. Le gusta decir: «*Aquí se hace lo que dice nuestra Hermana*». Los administradores, e incluso los médicos, vienen a verla para pedirle consejo cuando hay cuestiones difíciles referentes a la gestión del hospital. Ella organiza también salidas para el personal y le gusta prepararles comidas¹³. Conoce a las familias del personal laico y les ayuda cuando puede¹³.

1913, EL HOSPITAL DE QUETZALTENANGO

Sor Samulowska es enviada al Hospital de Quetzaltenango, en 1913, para ayudar a la que fundó este establecimiento y del que es la directora, Sor Thonluc, debido a su edad. Pero el personal, los enfermos, los bienhechores, temen la partida de Sor Thonluc, forman una verdadera coalición contra Sor Samulowska. Calumnias, sospechas, mentiras, amenazas, no se libra de nada. Ni su paciencia, ni su dulzura, ni su humildad llegan a calmar los espíritus, por lo que los Superiores de la Provincia, al conocer su prueba, deciden su regreso a La Antigua.

1917, EL HOSPITAL DE LA ANTIGUA

Cuando Sor Stanislawa vuelve al Hospital de La Antigua en 1917, es recibida con manifestaciones de alegría, pero su temperamento ha sufrido las consecuencias de su combate interior. Debilitada, se ve afectada por la fiebre tifoidea, su vida está en peligro y debe partir en convalecencia.

ALGUNOS MESES DESPUÉS, EL HOSPITAL GENERAL DE GUATEMALA

Tras su restablecimiento, los Superiores le confían la responsabilidad de Hermana Sirviente y de directora del Hospital General de Guatemala que cuenta con 1500 enfermos. Era el mayor hospital de la República. Sor Stanislawa llega poco tiempo antes del terrible terremoto a finales del año 1917.

Una peregrinación que aún lleva el nombre de Sor Samulowska, tiene su origen en esta catástrofe, veamos por qué. En la morgue del Hospital, una pobre madre arrodillada cerca del cadáver de su hijo, levanta los ojos hacia el Crucifijo milagroso, de tamaño natural, venerado desde antiguo bajo la advocación de «*Jesús de las Misericordias*», totalmente olvidado desde hace mucho tiempo. En su oración, la mujer implora a Dios: «*Dios mío, ¿es posible que pierda a mis dos hijos?*» porque uno estaba ya muerto y el otro condenado a una larga pena de prisión. Al regresar a su casa, la pobre mujer encontró estupefacta a su hijo prisionero que, sin comprenderlo, había recobrado la libertad. Esta historia se extendió por la población y numerosos visitantes han venido ante este Crucifijo para presentar a Jesús sus peticiones. Al aumentar sin cesar la multitud de personas, se decidió erigir una capilla en el interior del recinto del Hospital. Terminada en 1917, se decide que la capilla será bendecida el 1 de enero de 1918. Se solicita entonces una autorización gubernamental para que se organice una procesión en la ciudad, con el fin de que el «*Jesús de las Misericordias*» pueda recorrer las calles antes de ser colocado en la capilla. Pero se niega la autorización. Y he aquí que, en la noche de la fiesta de Navidad de 1917, un terrible terremoto va a destruir la mitad de la ciudad, la población verá entonces en ello un castigo del Cielo.

«Para imaginarse lo terrible que fue nuestro despertar, escribe una Hermana de la Provincia, hay que haber vivido un momento semejante, porque, ni el relato de tal catástrofe, ni la vista de estas ruinas, dan una idea de la angustia, del terror que sobrecoge el alma cuando, por una parte, bajo el esfuerzo del huracán furioso desencadenado sobre nuestras cabezas, todo tiembla, todo se hunde, todo chirría en torno a nosotras, y, por otro lado, nos sentimos levantadas por los movimientos de la tierra y oímos un estrépito siniestro semejante a un torrente impetuoso que resuena bajo nuestros pies y parece querer engullirnos...»

Durante esta noche de angustia, Sor Samulowska corre por todas partes para poner al abrigo a centenares de enfermos del Hospital: uno solo se negará a salir y, desgraciadamente, morirá bajo los escombros. El 3 de enero de 1918, una sacudida todavía más fuerte acaba derribando los inmuebles que habían resistido hasta entonces. El Hospital ya no es más que un montón de piedras. Rápidamente, Sor Samulowska hace construir barracones, porque se acerca la estación de las lluvias, y se impone un lugar de abrigo, menos precario que las tiendas. Sin embargo, no olvida al «Señor de las Misericordias», hace construir una capilla de madera, en la que se celebra la Misa todos los días. Después de este periodo de desastres, las limosnas afluyen de tal manera que el Crucifijo milagroso vuelve a encontrar un lugar en una nueva Basílica que se convierte en lugar de peregrinación.

En 1919, Sor Samulowska es nombrada **Asistenta provincial**, sigue siendo Hermana Sirviente y dirige el Hospital principal en Guatemala que ha sido reconstruido.

«Su virtud edificaba, estimulaba, animaba a las que tenían la suerte de acercarse a ella. Por supuesto, sus queridas Hermanas fueron las primeras en beneficiarse de ello. Las animaba a adherirse firmemente a la comunidad, a los superiores, a la fidelidad a nuestras santas reglas, que ella cumplía con una precisión meticulosa¹³».

Sor Stanislawka suscita en el corazón de sus Hermanas una adhesión profunda a la Comunidad y a los Superiores. Maternal, cordial, sencilla, al no hacer ninguna diferencia entre las Hermanas, cada una se acerca a ella con confianza, casi naturalmente, porque su actitud, su serenidad y su sonrisa les daban confianza. *«La capacidad de soportar los caracteres difíciles y la bondad la hicieron accesible a todas porque cada una se sentía amada¹³».*

«Su manera de estar en la capilla impregnaba de fe a todos los que la miraban. La pureza de su alma se reflejaba en sus ojos. Incluso en los más pequeños errores, ella sentía aversión y cuidadosamente luchaba contra todo lo que estaba marcado por el espíritu del mundo¹³».

Ella observa fielmente las Reglas e invita a sus Hermanas a hacer lo mismo. Si observa alguna negligencia en la práctica de los santos votos, se aflige por ella: *«Dios no puede bendecir a una persona que desprecia su santa voluntad»*, aseguraba. Después, con vigor, guía a la Hermana por el buen camino¹³. Si, por falta de previsión, una Hermana llega con retraso a los ejercicios, ella señala su reloj sin palabras, y cuando la Hermana pide perdón, le dice: *«Usted sabe hasta qué punto no me gusta la falta de puntualidad... ¡Oh! no a mí, una criatura miserable... sino a Nuestro Señor. Vaya a la capilla y pídale perdón¹³»*. Al mismo tiempo, ella siempre está dispuesta a pedir excusas, a minimizar los errores, forma en la virtud y exige el máximo de cada una¹³: *«Cuando una de las Hermanas cometía un error en mi presencia mientras que yo hablaba con Sor Samulowska, ella aprovechaba la ocasión para excusar a la Hermana, diciendo: “Son debilidades humanas, esta Hermana es buena”. Y ella me mostraba el lado bueno o me decía: “por favor, perdónele, su descontento pasará”. Siempre he estado llena de admiración por sus gestos¹³».*

Sin ninguna duda, su vida estuvo a menudo marcada por luchas interiores. No obstante, ella no duda en compartir su experiencia, especialmente con las Hermanas jóvenes. A la joven Sor Salazar, le escribe: *«Su felicidad puede y debe durar toda su vida e incluso aumentar al conocer aún más las bondades de nuestro Señor y usted hará progresos en la virtud y en la verdadera piedad. Tendrá días de noche oscura y de desánimo. Dios lo permite así para probar nuestro amor, pero sea generosa y siempre fiel a sus ejercicios de piedad, de esta manera saldrá siempre victoriosa y más fuerte de la lucha¹³»*. En otra ocasión, la anima: *«Este año debe de ser un año de preparación generosa para el gran día. Ponga esta preparación entre las manos de nuestra Madre del Cielo. Ella le ha obtenido su santa vocación, ahora que ella le ayude a preparar bien su corazón para que el Señor tome plena posesión de él. Prepárese también para la lucha, porque cuando el enemigo nos ve bien dispuestas a caminar por el recto camino que lleva a la verdadera virtud, él pone en el camino todo tipo de obstáculos para afligirnos y desanimarnos. En este caso, sea fuerte y muy confiada con sus Superiores. Trate de armarse de estas dos virtudes: humildad y piedad. Con ellas siempre saldrá victoriosa y, además, siempre será muy feliz. Le prometo mi oración porque deseo mucho que usted sea una Hija de la Caridad plenamente y no solamente parcialmente. Busque siempre la gloria de Dios,*

su santificación y el respeto por la comunidad¹³». Y también: «No necesito decirle que continuaré pidiendo a Nuestro Señor y a nuestra Buena Madre del Cielo, porque deseo que sea una santa Hermana que consuele el corazón de Jesús amado y que sea el consuelo para la comunidad¹³».

Con una solicitud maternal, sigue a las Hermanas que reciben un cambio. Las sostiene y les promete su oración¹³. Muchas Hermanas han dado testimonio de que ella había salvado su vocación gracias a su bondad y a su comprensión¹³. Una Hermana joven enferma, después de haberle confiado sus temores de deber abandonar la Compañía debido a su estado salud, se encontró completamente consolada por sus ánimos, cuya realización no tardó: *«Tenga confianza en la Santísima Virgen, ella la quiere a usted aquí y la guardará; las verdaderas vocaciones se conservan. Hagamos juntas una novena a nuestra Madre del cielo, ella la curará. Esta es una prueba permitida por Nuestro Señor en sus primeros años de vocación, como ocurre a menudo. Esto debe servir para fortalecerla en el amor a su santa vocación y hacerla muy ferviente».*¹³

Otra Hermana cuenta el siguiente hecho: *«El 10 de octubre de 1946, llegué al Hospital para comenzar mi Postulantado. Fui acogida por Sor Samulowska, que ya era mayor, pero con un espíritu joven. La acogida y la dulzura con la que me recibió, me dieron una muy buena impresión. Me quedé dos días con la ropa que llevaba... el 12, ella me hizo llamar y me dijo: «le he dejado hasta hoy, día en que la Iglesia hace memoria de Nuestra Señora del Pilar, para que se vista de postulante y recuerde que debe ser como un pilar, firme en su vocación. Usted ya ha dado su primer paso, doloroso debido a la separación de su familia... Ya ha puesto la mano en el arado, no mire atrás. Pase lo que pase, sea lo que sea, sea firme como un pilar. No cese nunca de rezar el rosario en sus idas y venidas al Hospital, así rociará «Ave Marias». Amen mucho a nuestra Madre Celeste».*¹³

Sor Samulowska sufre por la imposibilidad de volver a su país natal, pero ella se lo ofrece todo a Dios. En una carta a su familia, escribe: *«Cuál sería mi felicidad al veros, pero no es posible, porque todavía esto está lejos y si los alemanes supieran que yo estoy allí, quién sabe lo que podría ser aquello. Acuérdate de que, estando allí, ya nos persiguieron y ahora sería todavía peor. Entonces, hay que ofrecerle a Dios esta privación, tanto vosotros como yo¹³».*

En un artículo titulado «Una breve reseña histórica de los establecimientos de las Hijas de la Caridad en América Central», Sor Geneviève Chardin cuenta sobre Sor Chaverot, la Visitadora: *«No fue fácil para Sor Chaverot adaptarse a Guatemala como Visitadora. Vivió todo tipo de pruebas. Comenzó a construir el Seminario, pero el constructor, después de haber hecho mal los cimientos, le pidió una fuerte suma de dinero inmediatamente y se fue a otro país, dejando las obras inacabadas. La Visitadora pidió camas a la Casa Madre, que llegaron antes de la Semana Santa al Puerto San José, pero las bodegas se habían quemado y las camas estaban inutilizables. Decidida, costara lo que costara, a visitar las Comunidades de fuera del país, embarcó (puesto que no había otro medio de comunicación) para un viaje que debía durar tres o cuatro meses. Las Hermanas esperaban con angustia su regreso, y he aquí que Sor Samulowska, la Superiora del Hospital General y la Asistente de la Provincia, recibió una nota del Gobierno: “Ya no queremos Hermanas en Guatemala, no vuelvan nunca más, y deben dejar la Casa Central y partir de la República antes de diez días”. Esperando los acontecimientos, la Hermana Asistente pidió a la Secretaria que comenzara a guardar en un gran baúl todos los documentos de la Provincia. De regreso de su viaje, Sor Chaverot desembarcó en Puerto San*

José, y las Hermanas de la Casa Central fueron a su encuentro a Escuintla. Muy felices de volver a verse, se pusieron en la mesa para comer cuando dos policías llegan para volver a llevar a Sor Chaverot al Puerto San José con el fin de que embarque en el próximo barco de vapor que partía para México. Podemos imaginar la decepción de las Hermanas que deben decirle adiós llorando. Sor Chaverot regresó sola al Puerto San José. Pero, Sor Samulowska, inspirada por el Espíritu Santo, respondió al gobierno que no solamente las Hermanas de la Casa Central se iban, sino también las del Hospital puesto que su Superiora ya no podía volver. Se podía llamar a esta respuesta el “santo remedio”. En efecto, había en el Hospital una treintena de Hermanas, muy competentes y muy abnegadas que enseñaban a los empleados cómo cuidar a los enfermos. ¿Y la Escuela de enfermeras, también sería abandonada?... Esto merecía ser tenido en cuenta... la orden de expulsión de Sor Chaverot fue anulada y finalmente, la Visitadora volvió más muerta que viva»¹³.

DIRECTORA DEL ORFANATO DE GUATEMALA

Cuando aparece el decreto de la Santa Sede sobre el mandato de los Superiores, Sor Samulowska deja el Hospital principal de Guatemala y toma **la dirección del orfanato de la misma ciudad**. Al servicio de estos niños, deja que su ternura se desborde. A sus compañeras, que trabajan con estos niños, les dice: *«Amen mucho y cuiden bien a vuestros pequeños Jesús. Siembren sobre todo en su alma el conocimiento y el amor de Dios, porque, aunque ellos puedan perderse en la vida, volverán al camino recto y serán eternamente para Dios. Esto depende de ustedes»¹³.*

1940 - EL HOSPITAL PRINCIPAL DE LA CIUDAD

En 1940, Sor Stanislawa regresa al Hospital principal de la ciudad. Los últimos diez años de su vida sufrirá una larga serie de pruebas y un verdadero martirio – un cáncer muy doloroso en el rostro. Las Hermanas han dado testimonio de que sufrió mucho pero no se quejaba y ofrecía sus sufrimientos en silencio. Ella dijo: *«Yo debo purificarme, arrepentirme de mis negligencias y de mis demasiadas pequeñas exigencias hacia las Hermanas»¹³.* *«Estos diez últimos años de su vida, después de su regreso al Hospital son una continuidad de pruebas aceptadas con un corazón sometido serenamente a la voluntad de Dios»¹³.*

«La Santísima Virgen, de la que ella habla sin cesar, la ayuda en sus dificultades, como la sostiene durante su larga y cruel enfermedad...»¹³

El 19 de octubre de 1950, la Madre general Sor Marie Antoinette Blanchot, en su visita a Guatemala, fue a ver a Sor Samulowska y ésta recibió esta visita como un último signo del cielo, lo que la llenó de consuelo. *«Su deseo íntimo: morir rápidamente, con el fin de no tener que recibir ningún cuidado particular, no es el de Dios: Él la juzga digna de sufrir todavía. Su último año en la tierra – el Año Santo – es un verdadero martirio: un cáncer de cara, que nada puede frenar, le hace dar toda su medida de paciencia. Cuando el dolor es demasiado agudo, ella gime: «¡Jesús! ¡Mi pequeño Jesús!» y las lágrimas corren en silencio.*

Finalmente, el 6 de diciembre de 1950, mientras que Sor Directora recita el «Acordaos», acabando así el Rosario de la Inmaculada Concepción, recitado en torno a su cama por todas sus compañeras, el alma de Sor Samulowska parte a contemplar el Cielo, a aquellas que se ha dignado manifestarle aquí abajo su glorioso privilegio»¹³.

El Padre Francisco Lagraula, Capellán del Hospital, escribe: *«Nuestra querida Sor Samulowska muere a los 85 años, a una edad llena de trabajo y de virtudes. Cesa de existir en*

su sencilla y silenciosa habitación, “Sor Asistente, así llamada debido al tiempo que consagró a este puesto en la Comunidad y después por afecto”.

Todos los que la conocieron en Guatemala se emocionaron con el anuncio de su muerte, y esto está muy justificado, porque en su corazón pleno de mansedumbre, de humildad y de dulzura, justos y pecadores encontraban en ella las primeras motivaciones y ánimos para santificarse aún más y encontrar los medios oportunos para obtener su propia conversión.

Quienes tuvieron la dicha de conocerla y de relacionarse con ella, nunca han olvidado su incomparable personalidad, esa mirada dulce penetrante que parecía venir de la misma luz de Dios, esas palabras llenas de una santa amistad y de consejos afectuosos, en los que se podía encontrar un timbre de voz dulce y maternal.

Sor Maria Auxiliadora Mora Umana escribió: *«Tuve la suerte de tener a Sor Stanislawa Samulowska como Superiora... Tenía la mirada penetrante como si leyera en nuestro interior. Piadosa, vigilante, discreta, metódica, organizada. Era una regla viva, muy mortificada. Enseñaba más con su ejemplo que con sus palabras. Nos amaba como una madre. Tenía inquietud por la instrucción de las Hermanas jóvenes y buscaba profesores que nos dieran las lecciones que necesitábamos. Cuando llamábamos a su puerta, nos invitaba a pasar inmediatamente. Si estaba escribiendo algo, dejaba su bolígrafo y escuchaba a cada una con tal atención como si sólo tuviera que hacer eso. Ella inventó las vacaciones, de las que hablamos hoy. Nos enviaba de dos en dos para pasar de 8 a 15 días de reposo... Éramos una treintena de Hermanas, la mayoría jóvenes, otras eran de edad media. No éramos más que un solo corazón. El amor y la fraternidad reinaban entre nosotras. Gracias a los cuidados maternos de Sor Samulowska, nadie se quejaba. Con su muerte, perdimos a nuestra tierna madre¹³ ».*

Sor Teresa Sierra dijo de Sor Samulowska: *«Sus rasgos característicos eran: dulzura, bondad, constancia de temperamento. En su persona, se podía encontrar una perfecta madre y Superiora. Cada una de las 32 Hermanas de esta casa, se sentía amada y privilegiada por ella... Fue objeto de admiración y de ánimo para su comunidad. Le gustaba la paz, el orden y la armonía, lo que marcaba a toda la casa. Su presencia atraía hacia Dios, ella resplandecía¹³ ».*

«Sentíamos que esta alma no vivía más que de Dios y que su amor intenso por la Santísima Virgen inspiraba todas sus acciones¹³ ».

Después de haber pasado 50 años en Guatemala, sólo las personas que la conocían muy bien, sabían que había nacido al otro lado del mundo. *«Cuántos combates, victorias escondidas tuvieron lugar en esta transformación de un carácter inflexible, altivo en una disposición siempre tan cordial y humilde¹³ ».*

En proceso de beatificación

En enero de 2001, después de haber recibido el consentimiento de la Madre Juana Elizondo, Superiora general, los Padres Canónigos Regulares de Letrán, guardianes del Santuario de Gietrzwald, convencidos de la santidad de Bárbara Samulowska, se dirigen al Arzobispo Metropolitano de Warmia, Edmund Piszcz, para abrir el proceso de beatificación de la vidente de Gietrzwald. Sin embargo, según las leyes eclesíásticas, es a la diócesis del lugar

donde la persona fallece, a quien le corresponde organizar el proceso de beatificación. Así pues, hacía falta el acuerdo del Arzobispo de Guatemala, el Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, para transferir el proceso a Polonia. El 8 de diciembre de 2003, el Arzobispo de Guatemala otorga su acuerdo.

Después de haber recibido el parecer favorable de la Conferencia Episcopal de Polonia, llegó de Roma el 23 de septiembre de 2004, la autorización de la Congregación para la causa de los santos. El proceso de beatificación a nivel diocesano se abrió el 2 de febrero de 2005 en Gietrzwald. El Padre Kazimierz Brzozowski, guardián del santuario mariano de Gietrzwald, es nombrado Postulador del proceso. Tres Hijas de la Caridad de la Provincia de Chelmno-Poznan, forman parte de las Comisiones del Tribunal: Sor Hanna Cybula, Visitadora, en la Comisión teológica e histórica, Sor Anna Mamona en la Comisión notarial y Sor Krystyna Rynarzewska en la Comisión histórica. Sor Gertruda Bukowska, misionera polaca en República Dominicana, ayuda a la traducción durante el interrogatorio de los testigos en Guatemala.

El Tribunal interrogó a varias decenas de testigos: en Polonia, Alemania y Guatemala. Las Comisiones estudiaron los documentos reunidos referentes a la Sierva de Dios y dieron su opinión. El Tribunal eclesiástico de Guatemala, conforme a la aprobación del Arzobispo del lugar, ayudó a reunir los documentos necesarios que hablan de la heroicidad de las virtudes de Barbara Samulowska. Toda la documentación del proceso a nivel diocesano cuenta con alrededor de 1500 páginas. La última sesión diocesana del Tribunal de la Beatificación se desarrolló el 8 de septiembre de 2006. El nuevo pastor de la Archidiócesis, el Arzobispo Wojciech Ziemba, dijo en su homilía: *«Hoy damos gracias por la Sierva de Dios, Sor Bárbara Samulowska. Gracias a María, su corazón se inflamó del amor por Dios, dando un buen testimonio de vida»*.

La siguiente etapa del proceso fue la designación, en Roma, del Postulador, el estudio y la verificación de los documentos reunidos y transmitidos a Roma. La decisión de proclamar a la Sierva de Dios, Beata, será tomada por el Santo Padre.

«Sor Samulowska fue un personaje anónimo, una vida entera sacrificada en silencio, con la única ambición de servir a Dios en los hombres pobres y enfermos, lejos de la patria con el alma llena de una alegría pura. Sor Samulowska es hoy fuente de estímulo para nuestra fe»¹³.

Hermanas de las Provincias de AMÉRICA CENTRAL
y de CHELMNO-POZNAN

Notas

¹ Jan Oblak, *Las apariciones de la Virgen María*, p. 10.

² *Las apariciones en Gietrzwald según los documentos* (folleto de la diócesis), Braniewo 1883, vol. I, p. 73-74.

³ Jan Oblak, *Las apariciones de la Virgen María*, p. 28.

⁴ Acta Generalicia, p. 323.

⁵ Carta a su hermano Jozef del 15 de marzo de 1938.

-
- ⁶ Reseña de las Hermanas difuntas -1950-1951, Casa Madre, París, p. 111.
- ⁷ Ibid, p. 112.
- ⁸ Sor Gertruda Bukowska, Album: *Siostra Miłosierdzia Barbara Stanisława Samulowska, wizjonerka z Gietrzwaldu, wspomnienia* (Barbara Stanisława Samulowska, Hija de la Caridad, vidente de Gietrzwald, recuerdos), págs. 50 y 61.
- ⁹ Circulares de nuestras Hermanas difuntas, 1950-1952, Notas sobre Sor Barbara Samulowska, Archivos de la Casa Madre de las Hijas de la Caridad, p. 112.
- ¹⁰ Ibidem, pp. 111-112.
- ¹¹ Circulares, p. 112.
- ¹² Álbum, Testimonios, p. 56.
- ¹³ Álbum, Testimonios, p. 56.
- ¹⁴ Ibidem. p. 50.
- ¹⁵ Carta a María del 15 de marzo de 1937.
- ¹⁶ Carta a su hermano Jozef del 29 de junio de 1924.
- ¹⁷ Carta a María del 15 de marzo de 1937.
- ¹⁸ Circulares, p. 112.
- ¹⁹ Ibidem.
- ²⁰ Álbum, Testimonios, p. 51.
- ²¹ Circulares, p. 113.
- ²² Ibidem, p. 114.
- ²³ Circulares, p. 114.
- ²⁴ Ibidem.
- ²⁵ Circulares, p. 113.
- ²⁶ Ibidem, p. 113.
- ²⁷ Álbum, Testimonios, p. 56.
- ²⁸ Carta a Sor Salazar del 20 de julio de 1943.
- ²⁹ Carta a Sor Salazar del 16 de junio de 1946.
- ³⁰ Carta a Sor Salazar del 20 de julio de 1943.
- ³¹ Cf. Circulares, p. 114.
- ³² Cf. Álbum, Testimonios.
- ³³ Ibid, p. 112-114
- ³⁴ Boletín provincial 1974
- ³⁵ Carta a su hermano Jozef del 27 de junio de 1909.
- ³⁶ Boletín Provincial 1974
- ³⁷ Ibidem, p. 115.
- ³⁸ Álbum, Testimonios, p. 60
- ³⁹ Ibidem, p. 115.
- ⁴⁰ Reseña de las Hermanas difuntas -1950-1951, Casa Madre, París, p. 115
- ⁴¹ Ibid, p. 115
- ⁴² Álbum, Testimonios, p. 60.
- ⁴³ Ibidem, p. 53.
- ⁴⁴ Circulares, p. 112.
- ⁴⁵ Circulares, p. 114.
- ⁴⁶ Folleto sobre las reseñas de Sor Samulowska 2008 – archivos de la Provincia de América Central.

Cubierta 3

LA SANTÍSIMA VIRGEN

FUE ESTABLECIDA

GUARDIANA DE TODOS LOS FIELES

POR JESUCRISTO,

GUARDIANA DE LAS VÍRGENES

POR LA IGLESIA,

GUARDIANA DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

POR LA SEÑORITA LE GRAS

Y POR SAN VICENTE

*Conferencia del Padre Fiat,
8 de diciembre de 1881*

